La pelota y los pelotaris

Antonio Peña y Goñi

La pelota y los pelotaris

SEGUNDA PARTE

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6
1892

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

SEGUNDA PARTE

Pelotaris célebres

Urchallo

En la estación de Rentería.—El cartero.—Un ejemplar de la raza eúskara.—Manuel Lecuona, Urchallo.—Tres nombres.—Nacimiento de Urchallo.—El aprendiz de confitero.—Frailes y confites.—El primer partido.—La edad de oro del antiguo juego.—Partidos en Francia y en España.—El jugador y el hombre.—En Pamplona.—El hombre de la levita larga.—En el café.—Urchallo y Ocón.—Los dos partidos.—Dos mil duros.—La pelota y las cartas.—Al pueblo.—Un ochavo de caramelos.—El Cúcharesdel pelotarismo.—Partidos fantásticos.—Urchallo en Rentería.—Un recuerdo de amistad.

¡Cuántas veces, durante el verano, cuando el correo descendente del Norte llegaba á la pequeña estación de Rentería, he apretado allí la mano á un hombre de elevada estatura, grueso, de fisonomía franca, abierta é inteligente, modesta y limpiamente vestido, de aspecto general sumamente simpático, con quien había paseado yo á orillas de la vía, esperando la venida del tren para marcharme á Irún,

y deseando llegase retrasado; tales atractivos tenían para mí los paseos con aquel hombre; tan grandes eran la amenidad y el interés que ofrecían su conversación!

Llevaba siempre un pequeño paquete en la mano, cartas y periódicos que entregaba al ambulante de Correos, á cambio de otros que recibía él.

Y marchábase, en cuanto verificaba la operación, á Rentería, con reposado andar, balanceando los brazos y las caderas, firme el paso, la cabeza erguida, entonando *sotto voce* una canción.

Su marcial continente y arrogante apostura, las proporciones de su cuerpo, su nervuda mano, la boina que cubría la cabeza y las alpargatas que calzaban los pies, daban á la figura entera ese aire de fortaleza y de energía predominantes en la raza eúskara.

Y la cara ancha y grande, los ojos pequeños y vivos, la boca contraída á menudo, bajo un bigotillo cano y despoblado, por burlona sonrisa, indicaban claramente en aquel hombre al despreocupado de toda la vida, al desenfadado sempiterno, al incorregible guasón.

Era Manuel Lecuona, el famoso *Urchalle,* Mañuel, como le llamamos cariñosamente todos, confitero de oficio, pelotari por vocación, cartero de Rentería hace 34 años.

Melchor, Arroshko y Urchalle son tres nombres que evocan en mí los recuerdos de la primera juventud; representan los antiguos partidos de pelota que la distancia agranda, jugados allá, en el cubo de San Sebastián, en aquella inmensa cripta que el derribo de las murallas convirtió en ameno jardín, bajo el cual yacen enterradas todas las ilusiones de la edad dichosa.

Allí vi jugar á Urchalle por primera vez, y recuerdo perfectamente su figura, sus ademanes, su viveza, que el gran jugador conserva intactos hoy al través de los años.

Nació Manuel Lecuona el 14 de Octubre de 1828, en Oyarzun, en la casería llamada de *Urchalle,* de donde le vino ese apodo que había de popularizar en las provincias vascongadas el famoso pelotari.

Hasta la edad de catorce años "anduvo en la escuela„, como decimos por allí, y mandáronle luego sus padres á Tolosa, donde entró de aprendiz en una confitería.

El trinquete era entonces en la antigua capital de Guipúzcoa el juego que se cultivaba con predilección, por lo cual Urchalle miró más á los *frailes* que á los confites, y se hizo más diestro en el manejo del guante que en las manipulaciones del azucar.

Dos años llevaba apenas en aquel ejercicio, y de tal manera llamaba ya la atención, que el cortador de Oyarzun, habiendo oído decir que un francés jugaría á trinquete, en San Juan de Luz, mil francos contra un trinquetista español de su edad, aceptó el desafío y cerró el partido, eligiendo como contrincante del francés á Urchalle.

Tenía el francés dieciseis años y Manuel quince cumplidos. Aceptó aquél, jugóse el partido á once juegos, y los hizo Urchalle dejando en uno al francés.

Este fué el *debut* de Manuel Lecuona. Dos años más pasó en Tolosa, de aprendiz de confitero, transcurridos los cuales, volvió á Oyarzun á casa de sus padres, que lo dedicaron á hacer azucarillos, bizcochos y chocolate.

Corría entonces el año 1845, y era, puede decirse, la edad de oro del antiguo juego de

pelota, la época de los grandes desafíos, navarros contra guipuzcoanos, franceses contra españoles, aquellas justas admirables que sobresaltaban los ánimos y alborotaban á toda la región.

Urchalle trabajaba por las mañanas en su oficio; por las tardes dedicábase á jugar, y lo hacía con la pasión, con el entusiasmo que despertaba en aquel tiempo en todos los vascongados y navarros el juego de pelota á trinquete, á rebote y á largo.

A los diecisiete años de edad jugó Urchalle el primer partido á largo, y desde entonces no descansó; dominó todos los juegos, y lanzóse en una vida aventurera de peregrinaciones sin fin, asombrando con su maestría á franceses, vascongados y navarros, tan pronto en Baigorry, Biarritz, San Juan de Luz, Hasparren, Urruña, Bayona, San Juan Pie de Puerto, Behobia y Ascain; como en Santesteban, Vera, Lesaca, Tafalla, Pamplona y Lecumberri; como en San Sebastián, Oyarzun, Fuenterrabía, Irún, Tolosa, Azpeitia, Zarauz, Hernani, Rentería, Orio y Durango.

Jugó á largo, á rebote y á trinquete; lució

sus habilidades en la capital de Guipúzcoa, en el juego de pelota de las fortificaciones, en la Plaza de Toros y en el campo de maniobras; llamáronle de todas partes para inaugurar plazas y jugar en las fiestas populares, y acudió siempre con su entusiasmo característico, con su inagotable buen humor.

Y así luchó, vencedor á veces, otras vencido, contra Gamio, Iribarren, Zenón y Aspiroz, contra Santo Domingo y el Zurdo de Hernani; contra el Chiquito de Azpéitia y contra el célebre Mathieu Borotra, natural de Haetz (Francia), el mejor jugador de bolea á punta, después del Molinero de Mauleón.

La vida de Urchalle es una red de aventuras; las anécdotas á él referentes ocuparían varios libros; nosotros, sus paisanos, conocemos muchas que, sobre todo contadas por Lecuona, tienen saladísimo interés.

Una de ellas pinta al jugador y al hombre de cuerpo entero, por lo cual voy á relatarla con alguna extensión.

El año 1851, en el mes de Junio, ganó Urchalle, con dos compañeros más, un partido á rebote que se jugó ante los emperadores, en

Biarritz, contra cuatro franceses, partido que tuvo gran resonancia y dió mucho que hablar á los pelotaris y aficionados de Francia y de España.

Llegó el mes de Julio y, pocos días antes de San Fermín, marchóse Urchalle con varios amigos á Pamplona con el fin de asistir á las fiestas y tratar de organizar y jugar algunos partidos.

Ocho días llevaban en Pamplona sin poder lograr el último propósito, cuando, una mañana, hallándose Urchalle y sus amigos tomando café en el Café Español, acercóseles un señor elegantemente vestido, con larga levita y sombrero de copa blanco, quien, dirigiéndose á Manuel Lecuona, le preguntó:

—¿Con que Vds. son los héroes de Biarritz?

—Señor—contestó Urchalle,—somos sencillamente los que hemos ganado en la plaza de Biarritz un partido á rebote contra cuatro franceses.

—Pues aquí donde Vd. me ve—repuso el de la levita larga, con acento si es no es socarrón, —tengo muchas ganas de jugar á la pelota á blé, y no lo hago porque no tengo contrarios.

—Lo mismo nos pasa á nosotros—dijo en-

seguida Urchalle,—que queremos jugar un partido á rebote en el Juego Nuevo, y no hallamos contrincantes.

Entonces el de la levita y el sombrero de copa metió la mano en uno de los bolsillos traseros de la levita, sacó de él dos pelotas, y presentándoselas á Manuel, le dijo:

—Yo jugaría un partido á pala, contra los dos mejores de ustedes, á guante.

Urchalle cogió inmediatamente las dos pelotas.

—¿Me deja Vd. media hora para probarlas?

—Con mucho gusto.

—Pues voy al Juego Nuevo y vuelvo á dar á Vd. una contestación, en cuanto pruebe las pelotas. Tenga Vd. la bondad de esperarme en este Café.

Salió Urchalle, verificó la prueba y volvió poco tiempo después.

—Queda el partido aceptado—dijo al desconocido.—¿Querrá Vd. jugar mucho dinero?

—¡Psch! Por vía de diversión, jugaremos, si le parece á Vd., mil duritos.

—Hecho—contestó Urchalle.—Dentro de un par de horas estaremos en la plaza..

El desconocido era el célebre Ocón, el pelista invencible, uno de los jugadores más célebres de Navarra, en aquel tiempo.

Lecuona no tenía, puede decirse, un cuarto, y los bolsillos de sus amigos se hallaban tan exhaustos como los de Urchalle; pero éste, que jamás ha conocido apuros, salió en demanda de un amigo de su padre, con el objeto de pedirle la cantidad, y tropezó providencialmente en la calle con un hermano de Manuel, que tenía negocios en Navarra y se dirigía á Roncesvalles.

—¿Qué te ocurre?—preguntó á Urchalle, al verle algo azorado.

—Que me han desafiado á la pelota y no tengo dinero.

—¿Cuánto te hace falta?

—Mil duros.

—Yo dispongo de ellos en casa de Pancho, en la Rochapea. Toma esta carta orden, cóbralos, y adiós.

No hubo más. El uno siguió á Roncesvalles; el otro cobró los mil duros y se fué al Juego Nuevo, que estaba lleno de bote en bote.

La noticia del partido había cundido en

seguida por la población y despertado el interés que puede suponerse, tratándose del invencible palista Ocón contra dos jóvenes vascos completamente desconocidos.

Urchalle había elegido por compañero á Ignacio Echeverría, de Oyarzun, como él, y en quien tenía la mayor confianza.

La inmensa mayoría del público gritaba las traviesas con un momio grandísimo á favor de Ocón. Así comenzó el partido, que se jugó á quinces y juegos, á la usanza del largo y del rebote, en vez de los tantos que se usan en el blé.

Concertóse á nueve juegos, los mismos que hicieron Urchalle y Echeverría antes de que Ocón lograra sacar uno. Una victoria colosal y mil duros de ganancia: tal fué el balance de la jornada.

Los amigos de Urchalle, ébrios de gozo al contemplar el resultado del partido, querían celebrarlo con una gran *juerga*.

Manuel, más avisado y oliendo la petición del desquite, se retiró á casa; hicieron todos lo mismo, aconsejados por Lecuona, descansaron tranquilamente durante la noche, y al día

siguiente cumplíanse en efecto los presentimientos de Manuel.

En cuanto salieron de casa, se les acercó una colección de jóvenes tafalleses, entre los cuales iba Ocón. Dirigiéronse con aire arrogante á Urchalle, y le dijeron:

—Venimos á desafiar á Vds., los gananciosos de ayer. Den Vds. un *compañerito* á Ocón y jugaremos mucho dinero.

—¿Compañerito?—contestó Urchalle.—Que tome el compañero que le dé la gana, el mejor que en Navarra se encuentre, y jugaremos el dinero que Vds. quieran.

—¿Dos mil duros?

—Dos mil duros. No hay más que hablar.

Jugóse el partido, que resultó competidísimo, y lo ganó también Urchalle entre los vítores y los entusiastas aplausos del público.

Ahora viene el epílogo, mejor dicho, vienen los epílogos, porque no son uno, sino dos.

Manuel, que había ido á Pamplona poco menos que con la bolsa vacía, se encontró, de la noche á la mañana, con dos mil duros y la popularidad que supone el triunfo que alcanzó sobre Ocón.

Tenía Urchalle, además de la pasión de la pelota, la de las cartas; pasión, entendámonos, pero no vicio.

Jugaba al monte cuando tenía dinero, como jugaban en aquel tiempo los aficionados y los pelotaris, porque el monte era complemento consagrado del partido de pelota.

Si ganaba, todo iba bien; si perdía, como si tal cosa. Volvía á su casa, despachaba golosinas, jugaba á la pelota, y á vivir; jugador adorable, en suma, que se distraía en momentos dados apuntando ó tallando, como se distraen otros yendo á los toros ó á la ópera.

Terminado el segundo partido, hecha la cuenta de las ganancias y embolsados los dos mil duros, llegó la noche y jugó á la timba Manuel.

A las pocas horas los dos mil duros habían volado. Urchalle se levantó de su asiento, salió de la "fatal estancia„, agarró una guitarra, instrumento en cuyo manejo era maestro también, y, rodeado de numeroso público, púsose á cantar coplas en vascuence, que iba improvisando con facilidad, de la cual aún hace hoy

alarde, alusivas á los dos mil duros que acababa de perder.

Y así pasó la noche, riéndose y haciendo reir á cuantos le escuchaban, hasta que amaneció Dios y Urchalle se marchó pacíficamente á su pueblo en el gran carruaje que usaba para tales casos: en el coche de San Francisco.

Aquí termina el primer epílogo; ahora viene el segundo.

Llegó al pueblo, al amanecer del día siguiente, abrió enseguida el establecimiento de confitería á cuyo frente estaba, y esperó.

—He perdido dos mil duros que se han marchado como el dinero del sacristán. Me encuentro sin un céntimo. Vamos á ver ahora si me estreno bien en la tienda y saco para desayunarme.

Esto pensaba Manuel, cuando se le presentó en la confitería una niña de tres ó cuatro años.

—¿Qué quieres, hija mía?—preguntóla Urchalle.

Y la niña contestó:

—¿Me hace Vd. el favor de *un ochavo* de caramelos?

¡Un ochavo de caramelos! Manuel lanzó al cielo una mirada indefinible, fijóse luego en la niña, y le dijo:

—Guárdate el ochavo, y apara el delantal.

La niña hizo lo que se la mandaba, y Urchalle, cogiendo un frasco lleno de caramelos, lo vació entero en el delantal de la niña, que salió disparada, loca de alegría, y desapareció por la calle á todo correr.

Este es Manuel Lecuona, el hombre y el jugador de pelota, todo Urchalle en una pieza. Añadir una palabra sería supérfluo después de los hechos que acabo de relatar.

Algunos han calificado á Urchalle de *Cúchares* del pelotarismo. El calificativo es exacto. Lecuona tenía, además de su admirable maestría como jugador de pelota, una alegría, un garbo y una despreocupación, que recordaban á Cúchares, cuando después de hartar de banderillas á un toro, acababa la suerte clavándole en el rabo un par, entre los aplausos y las carcajadas de toda la concurrencia.

Ha jugado los partidos más estupendos que sea dado imaginar, entre los cuales merecen consignarse los siguientes:

Uno en Oyarzun, á largo, saque á mano y resto á guante, cuatro jugadores *á caballo* contra uno de infantería. Como la plaza es de losa, las chispas que sacaban las herraduras de los caballos y los tropezones que daban entre sí los de caballería, hicieron reir muchísimo y constituyeron, en conjunto, un partido que agradó bastante.

Otros dos partidos fantásticos jugó Urchalle contra el gran Indart, cuando éste tenía *setenta años*: el uno, montado Manuel sobre un hombre, y dejando á Indart libre toda la habilidad.

—Se me cansó mi mulo, y perdí—dice Urchalle cuando relata el suceso.

El otro partido fué aún más raro y se verificó á trinquete del siguiente modo: colocáronse tres hombres con los ojos vendados en la cuerda, donde tenían que permanecer inmóviles como postes, mientras Urchalle jugaba teniendo vendado un solo ojo; es decir, cuatro hombres con un solo ojo, contra Indart.

Una verdadera carrera de obstáculos, porque cualquiera que rozase con la pelota á los hombres que había en la cuerda, hacía *pierde*.

Además de esos partidos, hay que mencionar otros dos para cerrar la serie de partidos cómicos en que figuró como protagonista Urchalle.

Jugó una vez en Irún á largo, con tres compañeros de Oyarzun contra cuatro iruneses, á sacar los primeros á guante y los segundos con honda.

A los pocos quinces no quedó un alma en la plaza; todos apretaron á correr, porque las pelotas despedidas por la honda parecían balas de fusil, y los de Oyarzun perdieron enseguida.

El otro partido es el colmo de la guasa en el *sport* pelotarístico.

Urchalle lo jugó á trinquete, con la obligación de dar una vuelta entera, girando sobre sí mismo, antes de pegar á cada pelota.

No tardó en marearse; quedóse al instante como un gallo encantado, y tuvo que rendir el partido antes de concluir.

Los pelotaris de entonces ganaban poco dinero, pero gastaban buen humor.

Los de hoy juegan á la pelota con los toreros, y acabarán por dar volapiés. El mundo marcha, y Urchalle se ha quedado atrás; eso es todo.

Tengo que poner freno á la pluma, porque hablando de Manuel Lecuona, sucede lo mismo que con el Chiquito de Eibar, es el cuento de nunca acabar; ni quiero hacer mención de los servicios prestados por Urchalle á la causa liberal, sirviendo de guía á los jefes del ejército en operaciones, en la última guerra civil.

Lo único que quiero mencionar para dar fin á esta biografía, tan desordenada como Urchalle, es el gran partido á rebote que en 1851 jugó en Biarritz, ante Napoleón III y la emperatriz Eugenia, rodeados de toda la corte del segundo imperio.

Eran cuatro los jugadores franceses, contra tres los españoles. El bando francés se componía de Arriaga, sacador; Echepare, restador á punta; el Molinero de Mauleón, inventor de la punta á guante, en la vuelta á jugar á punta, y Gascoña, de cuarto.

Los españoles eran: Urchalle, sacador; Melchor, que se encargó del resto á punta y de la vuelta, y, de cuarto, Miguel Oteiza.

Se jugó el partido con pelota de ocho onzas, á sacar á mano y restar á guante, y ganáronlo fácilmente los españoles.

Ocurrió durante la lucha un incidente curioso. Napoleón y Eugenia, con el séquito de la familia imperial, ocupaban un palco colocado á los *treinta cuadros* de la plaza.

En una jugada vuelta por el Molinero de Mauleón, conoció Urchalle de antemano que iba á ser pared alta, y dirigiéndose inmediatamente á Melchor, le dijo:

—¡Pared alta! Salte largo y á ver si pasas á los emperadores.

Melchor enganchó divinamente la pelota, que fué á salir por encima del palco en cuestión, por lo cual llegó enseguida una orden para que no se tirasen más pelotas por allí, orden que se cumplió religiosamente.

Terminado el partido, recibieron los tres jugadores españoles *dos mil francos* de gratificación.

Todo eso pasó ya, y mucho más que, con pena, me dejo en el tintero, porque hablar de Urchalle y con Urchalle es para mí un verdadero regalo.

La aparición del Chiquito de Eibar hizo comprender á Manuel Lecuona que había llegado la hora de retirarse; y no tardó en ha-

cerlo, convencido de que el juego de pelota entraba en nuevo período, precursor de una completa transformación.

Las glorias de ántaño pasaron, pues, como un soplo; el juego moderno se entronizó dando á los partidos novísimo carácter; el largo y el rebote se ocultaron; terminaron las romerías de la pelota, construyéronse los frontones y sonó el *De profundis* para la fiesta tradicional.

Urchalle, entonces, se despidió del guante antiguo, lanzó un anatema á los bárbaros que veía á las puertas de Roma, y se acabó la procesión.

Todo ha quedado convertido en el cartero de Rentería, confitero aún empedernido, que reparte la correspondencia, despacha caramelos y echa su tutecito en el café.

Rentería es, hace muchos años, la residencia del célebre jugador, y allí vive Urchalle sexagenario, resignado con su suerte, sin ambiciones malsanas, satírico, mordaz como en sus mejores tiempos, caudal inagotable de graciosísimas anécdotas, hablando el vascuence como el Padre Larramendi y el español como quisieran hablarlo muchos castellanos.

Todavía canta canciones y toca la guitarra; todavía improvisa versos en vascuence con extraordinaria facilidad, joven de espíritu, sano y robusto de cuerpo, hecho un mocete, recordando los días de su inmensa popularidad en las provincias, y encerrado en los recuerdos del tiempo antiguo que le refrescan el corazón y le hacen odiar con toda su alma el pelotarismo moderno.

¡Hay que ver el soberano desdén con que habla de los pelotaris del día, salvo contadísimas excepciones que no creo prudente revelar!

No hay sino tocarle esa tecla para tener la seguridad de pasar un rato delicioso.

Algunos he pasado yo y pienso pasar todavía, Dios mediante, en compañía del grande y honrado pelotari, del hombre lleno de ingenio y de bondad, estimado y querido por todos, que me distingue con su afecto, y á quien, como pequeño recuerdo de amistad, dedico esta deplorable semblanza.

El Manco

El jugador y su juego.—Su figura.—Los descalabrados.—La sensibilidad del Manco.—Anécdota.—*Sunt lacrimæ rerum.*—El ideal en dos reales diarios.—El poema de la miseria.—La pérdida del brazo derecho.—La monomanía del suicidio.—La hoz.—Punto de interrogación.—¡Dos reales diarios!—Al frontón.—A rebote y á blé.—El juego de los zurdos.—Las ventajas de éstos.—El pelotari en el Manco.—Los días de desgracia.—La fortuna del Manco.—La récua de burros.—El Manco de hoy.—Cadencia final.

Jugador único, por todos conceptos, como pelotari, como hombre y como... manco, es quizá el que más puntos de vista presenta al examen de la crítica y el que, indudablemente, reune condiciones más extraordinarias para las peleas del frontón.

El número de sus partidarios es considerable; se le admira sin restricciones; hay en él una confianza ciega; la prensa le trata con benevolencia y cariño de padrazo.

Su juego es nervioso y desigual, lleno de travesuras y de arranques, exento, en general, de grandeza; vivo y sutil, rastrero en ocasiones, otras admirable de poder y de energía; original y extraño siempre, suma y compendio de un arte excepcional que cautiva, encanta, agobia y desespera.

Estatura regular, enjuto de carnes, cara larga, facciones duras, ojos negros, pequeños y redondos, bigote negro y espeso, nariz afilada, labios finos, boca pequeña, muy caido del hombro izquierdo: tal es, en lo físico, Pedro Yarza.

Zurdo del brazo derecho, la falta de esa extremidad imprime al busto marcada desarmonía que, rompiendo el conjunto del cuerpo, desequilibra toda la figura.

Parece el Manco pájaro con un ala, tanto más cuanto que los movimientos secos y nerviosos del muñón, en momentos dados, semejan á los de la cola de un volátil.

El sistema nervioso predomina y se enseñorea de todo su sér, dando á la fisonomía un baño de violencia, de malicia y de altivez que, más que atraer, repele.

Hay en el Manco de Villabona algo de la crueldad del tigre y de la astucia del chacal, una expresión dura, rencorosa, poco simpática, que hace presa en el público y establece en él corrientes encontradas; hay ese estigma de los descalabrados que vengan en el prójimo las acritudes del propio carácter, buscando así el desquite de rigores de la suerte, de indelebles infortunios.

Y, sin embargo, ese hombre, todo travesura y todo artería en el frontón, ese pelotari que ha hecho de la pequeñez una grandeza, zaragatero, embrollón, dificultoso, lleno de suspicacia, preñado de cicaterías, zaino y desconfiado cuando van mal dadas, hinchado, soberbio y fanfarrón cuando le favorece la fortuna, muestra en su fondo tesoros de sensibilidad que se traducen en rasgos como el siguiente:

En cierta ocasión, el empresario de uno de los frontones de Bilbao había organizado un partido de pelota, en el cual entraba el Manco como figura principal.

Telegrafió á Pedro suplicándole aceptase, y el Manco, cansado y necesitado de reposo, contestó negándose á jugar.

El empresario, que había hecho medianos negocios y veía en el partido la manera de desquitarse, salió de Bilbao y se presentó á las siete de una mañana en Villabona.

El Manco estaba en la cama. Aquí le dejo la palabra, y cuento el hecho tal como me lo refirió hace cuatro años el célebre pelotari:

—El empresario se sentó al lado de mi cama y me suplicó muchas veces que aceptase el partido. Le contesté que nó, que no me encontraba en disposición, que necesitaba descansar, y que de ningún modo iría á Bilbao. Entonces me dijo que de mí dependía el porvenir de su mujer y de sus hijos, y se echó á llorar.

—¿Y qué hizo Vd. entonces?—le pregunté.

—¿Y qué iba á hacer?—contestó el Manco.—Ya ve Vd.; el pan de su mujer y de sus hijos dependía de mí. Le dije que no llorase, que contase conmigo desde luego, y que podía anunciar el partido. Entonces se puso á llorar más todavía, y...

—¿Y qué?

—Pues nada; que me eché á llorar yo también y estuvimos llorando los dos media hora...

La historia del Manco es el poema de la miseria.

Cuando cobró en San Sebastián el premio del partido de 30 de Setiembre de 1888, último de la temporada de Jai-Alai, cogió el Manco un billete de quinientas pesetas, galardón de aquella victoria memorable en que el Pasiego y él pelearon contra Portal y Osoro; y, levantando con la única mano el papel moneda, exclamó lleno de delirante alegría:

—¡Aquí está lo que he ganado hoy! ¡Quinientas pesetas! ¡Dos mil reales! ¡Mirar, mirar!

Y agitaba el billete y lo acariciaba con ternezas de usurero.

Y conmovía ver al pobre hombre, estimando aquel papel una riqueza, asombrado al verse dueño de tamaña cantidad, él, que hace diez años, cifraba su fortuna en dos reales!

Sí; el ideal del Manco era entonces llegar á ganar dos reales diarios.

El desdichado nació en la pobreza, y rodó, á los cuatro años, las escaleras de su casa, con tan mala fortuna, que hubo necesidad de amputarle el brazo derecho.

Lo tendieron sobre una mesa; encerraron

á sus padres en una alcoba, y no hubo más. La extremidad gangrenada cayó para siempre, y al poco tiempo Pedro Yarza se dedicaba al acarreo del pescado desde San Sebastián á Villabona.

Los tiempos eran muy duros, se comía en casa poco y mal, y el estómago gritaba en vano y gemía y se retorcía en la necesidad más horrorosa. Aquel estado lamentable hizo presa en el temperamento del pobre muchacho, y engendró en él la monomanía del suicidio.

Una vez quiso arrojarse al río, y se lo impidieron; otra vez resolvió acabar con la vida, tirándose desde un balcón de su casa, y no pudo realizar su intento porque, vigilado estrechamente, llegaron á tiempo para evitar una catástrofe.

Viendo que sus esfuerzos serían infructuosos si el suicidio se verificaba en las cercanías del domicilio paterno, ó falto quizá de la energía suficiente para consumar el acto de un modo eficaz, ocurriósele la idea de encomendar al prójimo lo que él mismo no había podido ó sabido llevar á efecto.

Hallábase un día en el campo, alejado de su

casa, y ocupado en segar hierba, en compañía de un chico que ayudaba en su tarea al segador.

La soledad del sitio, la inmensidad de la naturaleza, todo el ambiente de penetrante melancolía que lo ilimitado despide, se apoderó del Manco en aquel instante é hizo revivir en su magín exaltado por la fatiga y el hambre la idea del suicidio.

Empuñó de repente una hoz y, colocándola en la mano del chico que le acompañaba, dijo á éste:

—Méteme esta hoz por el pecho.

El mocete retrocedió espantado y se negó á cometer aquella atrocidad.

Entonces el Manco, fuera de sí, descompuesto, sombrío, amenazador, se dirigió al chico y exclamó con voz que no admitía réplica:

—Mira, me metes esa hoz en el pecho ó te mato con ella.

El pobre chico, loco de terror, cogió la hoz, en efecto; pero, desviando la puntería, dejóla clavada en la parte más carnosa y posterior de Pedro, apretando enseguida á correr, como alma que lleva el diablo.

Y quedóse el Manco inmóvil, transido de dolor, con aquel enorme punto de interrogación clavado en salva la parte, mientras el chico corría, corría sin cesar, llevándose, en su desenfrenada carrera, las últimas esperanzas del suicidio.

El terrible dolor que sentía en la nalga le hizo volver á la realidad de las cosas. Llevóse la mano al sitio dolorido, arrancó de allí la hoz, aplicóse un cauterio de salmuera, y desde aquel momento, convencido de que era *insuicidable*, renunció en absoluto á posteriores tentativas.

Había que luchar por la existencia; se resignó, y luchó como un valiente. Protegiéronle algunos amigos y logró ser nombrado cartero de Villabona. Ya era feliz, ya había realizado su ideal. ¡Tenía dos reales diarios!

El renacimiento del juego de pelota, iniciado por el Chiquito de Eibar, le llevó, como á tantos otros, al frontón.

Aprendió á jugar con el único brazo que le quedaba, y tal maña se dió, y tales progresos realizó á fuerza de constancia y de entusiasmo, que adquirió muy pronto mucha destreza en el largo y el rebote, cultivándolos con gran éxi-

to, lo mismo en el país que en los frontones vascofranceses.

Dedicóse luego al blé, se hizo maestro, desarrolló los terribles recursos de un juego incontrastable por las condiciones anormales en que la naturaleza le había colocado, venció al Chiquito de Eibar en San Sebastián, y llegó sin tardanza á la cúspide de la celebridad, entre los aplausos de los públicos y las valiosas contratas que sus triunfos le atrajeron para los frontones vascongados y los de la América del Sur.

He indicado antes, en los comienzos de este trabajo, las cualidades salientes del Manco de Villabona, la naturaleza especialísima de su juego.

El jugador zurdo ostenta siempre una habilidad traidora, un juego al revés, contrario á las condiciones de una lucha equilibrada y noble.

Un zurdo entre tres pelotaris *naturales* da al partido de pelota un aspecto desquiciado, molesto; es el zapato del pié derecho puesto en el izquierdo ó vice-versa, obligándole á uno á andar medio cojo, renqueando.

Y es que el aire lógico, por decirlo así, de la pelota, queda echado á perder desde el momento que se rompe la unidad de la lucha por virtud de las condiciones de los zurdos, diametralmente opuestas al juego del brazo derecho, al juego racional.

El zurdo se defiende atrás como todos los jugadores, porque atrás no hay que hacer otra cosa que extender cuanto se pueda y colocar para quitar la bolea al delantero, trabando la pelota.

Y aún tiene sobre los demás zagueros la inmensa ventaja de que para los zurdos no hay, puede decirse, pelotas arrimadas, y que á todas ellas puede servirse bien.

Pero en el juego delantero, hasta los seis cuadros, los recursos del zurdo son terribles; el bote tirado es de un enganche facilísimo y se presta al sotamano con una holgura y una eficacia de que carecen los derechos; la posición natural de la mano izquierda permite cortar la pelota á la derecha con una fuerza brutal, con un poder incontrastable; las rasas llevan un *gas* extraordinario, y hay en el conjunto de ese juego una astucia, una arteria, una energía

y un vigor que desconciertan al jugador más hábil.

Si á esto se añade el maravilloso manejo de cesta que posee el Manco, un manejo que le permite servirse á la pelota con fantástico revés, cuando el contrario se la arroja viva á la derecha, y la fuerza de impulsión, la agilidad y la resistencia que pone de manifiesto cuando la fortuna le sonríe, se tendrá idea de la habilidad de un pelotari que, en su especialidad de zurdo, no ha tenido nunca rival.

Pedro Yarza es además jugador zaragatero, empeñoso y alegre, dado á crear dificultades á sus compañeros; siempre en busca de tranquillos cuando ve que van mal dadas; gruñón y malhumorado, coco de empresarios y terror de jueces.

Con los nervios siempre en punta, hay que verle en los momentos de sus tremendos arranques, con su cara enfurruñada de *douanier,* brillándole los ojos como ascuas, buscando la pelota como un galgo, gritando á veces ¡ay, ay, ay! en un desconsuelo cómico, cuando no puede alcanzarla, con el muñón del brazo derecho levantado sobre el hombro como una charretera

de carne, orgulloso, erguido, pavo real, mirando socarrón á la concurrencia que le aplaude frenéticamente.

Amén de su admirable habilidad, la desgracia de la falta del brazo le hace más simpático al público y crea en torno del pelotari devociones halagüeñas que, donde quiera que haya jugado, no le han faltado jamás.

Jugador completo, de adelante y de atrás, es igualmente temible por ambos conceptos; pero su juego característico, su juego marrullero y traidor está en los primeros cuadros, en el remate, donde revela toda la maña, todas las raterías, los recursos extraordinarios y desconcertantes de un arte que esteriliza con frecuencia los esfuerzos y la maestría de todos los jugadores derechos.

Tiene días malos, en los cuales se parece á todos por lo desigual y pifiero, días que ponen en tortura su amor propio excesivo y su característica fanfarronería, y le hacen parecer á veces un aldeano endiosado; pero si está en juego y abre el regulador á sus zurdas triquiñuelas, se lleva de calle á los aficionados y á los que no lo son, porque su juego, reñido

con la grandeza, ofrece un aspecto nervioso y cómico que entretiene, regocija y entusiasma.

Dicen que estuvo á punto de batirse en duelo en Buenos Aires, porque un espectador puso en duda la probidad del pelotari.

Y cuentan que decía desesperado:

—Este público me trata con una justicia divina. Si mis compañeros juegan bien, los aplauden con entusiasmo; si juegan mal, no están en su día. Cuando yo hago mi juego, no tiene nada de particular; y cuando estoy mal, es que he hecho *tongo*. ¡Qué desgraciado soy!

Y lloraba como un chiquillo.

Los que conocemos al Manco, como á tantos otros que la calumnia de los que van á los frontones, como á una mesa de ruleta, ha tratado en vano de manchar, sabemos que sus condiciones personales le colocan fuera de toda sospecha calumniosa.

La fortuna le ha sonreído porque es un pelotari único en su género, de pasmosa maestría, que ha trabajado para labrarse un porvenir en las luchas de los frontones, y lo ha conseguido á fuerza de empeño, de entusiasmo y de habilidad.

Los dos reales diarios que antaño representaban para el Manco de Villabona el soñado capital, se han convertido hoy en modesta renta; el que acarreaba el pescado en un burro matalón, tiene hoy en su pueblo una récua sorprendente, manada de burros ideal, que el pelotari contempla con ternezas de ganadero y exhibe con orgullo, como Garvey, Villamejor y Fernán-Núñez exhiben sus caballerizas en las carreras.

Aldeano ha sido, aldeano es y aldeano será siempre, tan trapalón en su trato como en su juego; pero conservando en su carácter el fondo rudo, desabrido y bueno; el fondo del desheredado de ayer, que le recuerda miserias pasadas y le lleva á mirar su situación presente sin alardes de vanidad.

El Manco de hoy es la sombra del gran pelotari de hace cuatro años. Tiene treinta y uno de edad, ha bregado mucho, se ha cansado, y la hora de retirarse sonará muy pronto para el célebre jugador.

Pero á pesar de su notoria decadencia, el público madrileño le ha recibido con los brazos abiertos y lo trata con benevolencia que no al-

canza, en general, á los compañeros del famoso pelotari.

La exterioridad de su juego, un juego con sordina en la actualidad, produce siempre efecto; sus nerviosidades atraen y su desgracia halla un eco simpático en todos los aficionados al juego de pelota.

Que la fortuna siga siendo propicia al Manco en esta última etapa de su carrera, es lo que deseo de todo corazón, para que el pacífico ciudadano de Villabona aumente su caudal de burros carboneros y se enorgullezca al pensar que el ideal de dos reales diarios puede convertirse en sabrosa renta, cuando el más manco de los hombres llega á ser el menos manco de los pelotaris.

Beloqui

Un problema fisiológico.—Casa cerrada.—Los arcanos del hombre.—El alma y el brazo.—El juego de Beloqui.—Designaldades.—Las cualidades del pelotari.—La dejada.—Sus efectos.—La ejecución.—Conjunto de facultades.—Los defectos de Beloqui.—Su apatía.—Un rasgo del apático.—La mejor dejada.—Figura y contrastes.

Román Beloqui es hoy el punto culminante del pelotarismo moderno, el jugador más enervante, más audaz, complejo, arrebatador, extraordinario.

Extraordinario en todo, así en la fortuna como en la adversidad, mezcla indefinible de vigor y de flaqueza, de linfa y de sangre, parece un problema fisiológico de dificilísima solución, ante el cual se estrellan las críticas de los aficionados.

Casa herméticamente cerrada, hombre que vive por dentro, no hay en él nada que arroje

al exterior las emociones y los contrastes de una sensibilidad excesivamente desarrollada, en lucha abierta con ductilidades que la falta de ambiente social mantiene en estado primitivo, en un estado casi salvaje.

Y entre los arcanos del hombre y la habilidad del jugador existen relaciones tan estrechas, que el alma y el brazo se dan la mano, y los secretos de la una envuelven al otro en misterio impenetrable al parecer.

De ahí el desconcierto que se apodera de los contrarios de Beloqui, siempre en brasas, siempre ansiosos, desorientados siempre, en pugna constante con lo imprevisto, faltos de seguridad para acudir á terrenos que desafían todo cálculo, y tan asombrados ante la ejecución de una jugada maravillosa como ante una errada en pelota servida, que el último de los jugadores levantaría con la mayor facilidad.

Ya lo he dicho antes: extraordinario en lo grande y extraordinario en lo pequeño, todo es extraordinario en Beloqui.

Su juego no conoce términos medios: tiene el vuelo del águila y se pierde en las nubes, ó carece de alas y se arrastra por el suelo.

Esta desigualdad, que la mayoría estima absurda, y juzga en general intolerable, tiene, sin embargo, fácil explicación.

Jugador delantero verdaderamente excepcional, Beloqui entra en todas las violencias del juego de dentro con un ardor, con un nervio, con una sangre que se ciegan ante el peligro, y le llevan, por arranque natural, á terrenos donde nadie sino él pone la planta.

Dotado de un brazo poderoso; dueño de todas las energías y de todas las travesuras que impone el juego delantero, donde se disputan los quinces palmo á palmo y los tantos se rematan en lucha abierta de habilidad y poderío, Beloqui desarrolla, en la plenitud de sus facultades y de su fortuna, un juego absorbente, incomparable, fenomenal.

La ligereza de sus piernas le hace cubrir diez cuadros y entrar á bolea desde tan larga distancia, quitándosela al contrario, y lanzar desde adelante la pelota á los doce y trece cuadros, no por elevación, como la mayor parte de sus compañeros, sino en rasas potentísimas, casi invisibles, que arañan la pared cual cohe-

tes voladores y esquivan la cesta contraria con saltos fantásticos y efectos imprevistos.

Desde los diez cuadros, el jugador corre á los cuatro, á los tres; se coloca rozando el *escás;* sigue con ojo de lince los movimientos del brazo adversario; se lanza tras la pelota, que la pared despide con fuerza inaudita é imponente rapidez; recógela allí donde la mirada del público la ha perdido por completo, y en inverosímil escorzo, torcido el cuerpo, dislocado el brazo, jadeante, informe, montaráz, vuélvela de nuevo á la pared con brío formidable, atacando al enemigo con sus mismas armas, alarde admirable de temeridad y de destreza, donde Beloqui se yergue en todo el poder de un vigor y de una habilidad incomparables.

En esos momentos de imponente ansiedad, que envuelven al público en una emoción única, en una tensión nerviosa de que ningún otro espectáculo puede dar idea, no hay jugador de pelota que pueda compararse á Beloqui.

Otros, como Elícegui, podrán tener más majestad, más aplomo, más orden en su figura, ó, como el Manco, más flexibilidad en el ma-

nejo de la cesta y en los movimientos del brazo; pero nadie, absolutamente nadie aventaja á Beloqui en esas escaramuzas magistrales, donde el espíritu y la materia, la cabeza que manda y el brazo que obedece, se dan la mano para desconcertar primero y pulverizar después al adversario más formidable, con una serenidad olímpica, con un dominio absoluto de sí mismo, que resuelve en el acto la dificultad más imprevista y responde con otra mayor, que le asegura la victoria entre los vítores entusiastas del público.

Su serenidad es tan grande que le ha hecho adoptar un recurso audaz, difícil, comprometidísimo, ante el cual retroceden todos los jugadores, y que alcanzó hace años, en manos del Chiquito de Eibar, los caracteres de una verdadera creación: *la dejada.*

Consiste en coger la pelota adelante, simular con el brazo un arranque que haga creer al contrario que la pelota va á lanzarse con fuerza, y dejarla muerta en la pared, donde bota apenas y priva al enemigo de medios de defensa.

Si el adversario acude tarde, Beloqui con-

sigue dos objetos: cansarle y hacer tanto. Si el adversario llega á tiempo (lo cual sucede muy pocas veces), la precipitada carrera que tiene que dar para alcanzar la pelota le deja forzosamente rendido, y, de diez veces, nueve le obliga á restar pelota servida, y á preparar, por lo tanto, un holgado remate al competidor.

De todos modos la dejada aniquila las fuerzas del contrario y constituye, por esta sola razón, un ardid ingeniosísimo, del cual está encariñado Beloqui y pone en práctica cuantas veces se presenta ocasión.

Para la ejecución de esa estratagema hace falta una sangre fría extraordinaria, hay que poseer dinámica excepcional, el arte de destruir en un segundo el vigor de la pelota y las creencias del enemigo, la habilidad para arrojarla al frontón completamente muerta, á pocos dedos de la falta, una suma de inteligencia y de osadía, en fin, que rara vez se encuentran reunidas en un jugador y hacen de Beloqui un pelotari inimitable.

Nadie tiene como él la valentía de emplear ese recurso en momentos dificilísimos, cuando

los azares del partido parecen imponer á los jugadores mayor acopio de prudencia y seguridad y no dejar á la temeridad el más leve despojo.

Y de esa manera, ayudando á la potente fuerza de su brazo, á la impetuosidad irresistible de sus entradas, á la brillantez de su juego y á la ligereza de sus piernas, con los originales y eficaces ardides que su ingenio le sugiere, levanta un partido perdido, realiza arranques admirables, como el del partido del día 3 de Setiembre, en que llevándole Portal y el Manco trece tantos de ventaja, los arrolló él solo, los desconcertó, los hizo cambiar de puestos, los igualó, les tomó delantera y, alargada la lucha á 15 tantos, perdió, porque Ozoro, segurísimo hasta entonces, falló desgraciadamente á última hora.

Pelotari de tan admirables facultades, es, sin embargo, como queda dicho antes, discutido como pocos, ensalzado como pocos también y vilipendiado quizá como ninguno.

Desconcertador de jugadores, lo es á la vez del público, y el temor que se apodera de aquéllos cuando luchan contra él trasciende á los

espectadores y establece entre todos un estado de desconfianzas y de agitaciones, un dualismo de aplausos y censuras, de ánimo y desfallecimientos que mantienen al público en constante ebullición.

Los defectos de Beloqui, aparte el papel importantísimo que representan en un partido de pelota, la fortuna, lo fortuito, ese cúmulo de circunstancias que ponen la suerte á los pies de un pelotari ó la separan de él por completo, provienen del exceso de sus buenas cualidades.

Dícese que el que mucho habla mucho yerra. En el juego de pelota quien entra mucho yerra mucho también, y el juego delantero, que es donde generalmente se rematan los tantos, exige del jugador condiciones de energía y de atrevimiento que pongan término á la jugada con empuje decisivo, que no reclama el juego de atrás.

Beloqui peca por exceso de sangre; su afán de intervenir decididamente en la pugna le lleva á hacer entradas imposibles; hay en él un prurito mal equilibrado de quitar el juego á su compañero de fuera, resultando de tal

prurito arranques que no siempre premia la fortuna, cegueras que llaman al desastre, pero que á veces provocan soberbia reacción, que lo arrolla todo y ante la cual surge un gigante que arregla en quince minutos lo que un pigmeo desbarató en una hora.

Pero el gravísimo defecto que, en general, se achaca á Beloqui es su apatía. Beloqui y apatía son sinónimos para gran parte del público, y la opinión de los aficionados podría condensarse glosando la frase célebre de Hamlet y diciendo: "Apatía, tu nombre es Beloqui.„

Y nada más lejos de la verdad; no conozco apreciación más injusta. Beloqui no es apático, Beloqui es refractario á la apatía. ¿De dónde viene entonces esa leyenda de la apatía? Viene del temperamento del afamado pelotari.

Allí, donde en una errada cualquier jugador se mesa los cabellos, arroja al suelo la boina ó coge el cielo con las manos, Beloqui permanece impasible, hirviendo de ira y de despecho interiormente, pero sin que en sus aptitudes se trasluzca lo más mínimo la tremenda lucha interior.

Lejos de eso, acoge sus malas jugadas y sus

pifias con un abandono, con una dejadez que son naturales y tienen cierto carácter de indiferencia, rayana en el menosprecio.

Esto es lo que indigna á algunos, esto es lo que le ha valido las más acerbas censuras de la prensa y esto es lo que más le duele y lo que más le mortifica.

Cualquiera manifestación de rabia, un gesto desesperado en que se adivinara el sentimiento por la falta cometida, le harían simpático sin esfuerzo; pero no, no es posible; la naturaleza le ha hecho así, y tiene que pagar las exterioridades de su carácter, tiene que soportar que le llamen apático cuando se abrasa por dentro y no puede dar salida al volcán que le consume.

Comíamos los dos, hace pocos días, después de terminado un partido en que él había tomado parte.

Hablábamos de cosas indiferentes, cuando le pregunté de sopetón:

—¿Qué siente Vd. cuando hace una errada?

Y empuñando con mano trémula el cuchillo que tenía delante y fijando en mí aquellos ojos verdes, que tienen la fijeza de la raza felina, me contestó:

—Si tuviese un cuchillo, me lo metería en la garganta.

Ese es el apático, ese es el indolente, hombre, como he dicho antes, herméticamente cerrado, inepto para establecer el equilibrio entre sus nervios y su sangre y condenado, por ende, á ser juzgado erróneamente por un público que se guía por las exterioridades.

El *apático* tiene rasgos como el siguiente:

Al final de la última temporada de Buenos Aires hallábase Beloqui en la ciudad argentina malquisto del público y tratado duramente por la prensa, cuyos juicios teme y respeta con sensibilidad única quizás entre sus compañeros.

Organizóse el famoso partido de desafío de los italianos; aceptó Beloqui el reto, jugó, ganó y alcanzó una de las ovaciones más ruidosas de su vida.

Para jugar aquel partido Beloqui impuso una condición: la de que había de verificarse á beneficio de la Asociación de la Prensa.

Y se retiró del campo dejando en las arcas de la Sociedad seis ú ocho mil duros. Así contestó á las censuras de los periódicos, incli-

nándose noblemente ante la prensa y sacando del fondo de su *apatía* tesoros de delicadeza, que han unido para siempre su nombre al periodismo bonaerense.

¡Qué admirable *dejada!* Beloqui no ha hecho en su vida otra mejor.

Tal es, en suma, el afamado pelotari. Su figura, como su modo de jugar, se destaca sobre la de sus compañeros y ofrece todos los contrastes de su habilidad. De estatura regular, cara aniñada, bien proporcionado, con bigote naciente y enmarañado el pelo, la potencia de su brazo casa mal con el abandono de su cuerpo, y la dejadez característica de sus movimientos imprime á su porte cierta molicie femenina y elegante, que, por la fuerza misma del contraste, ejerce sobre el espectador irresistible atractivo.

Sus arranques maravillosos, sus aparentes desfallecimientos, ese conjunto de desigualdades y de antagonismos que su juego ofrece al espectador imparcial, le harán siempre objeto de grandes entusiasmos y de grandes desconfianzas, caldearán la atmósfera donde quiera que juegue y le colocarán, por la suma de emo-

ciones que proporciona al público, en lugar preeminente entre los modernos jugadores de pelota.

22 de Setiembre de 1858.

A la hora en que escribo estas líneas (Junio de 1892), Beloqui juega en *Fiesta-Alegre* y es, salvo la fuerza del brazo que aún no ha adquirido el vigor de otros tiempos, quizá por las campañas de Buenos Aires, quizá también por cansancio natural, el mismo pelotari de siempre, un *apático* sin rival que, cuando entra en juego, tiene en vilo á los jugadores contrarios y al público, y escucha aplausos entusiastas por su juego completamente original.

Portal

El *Ostión* de los pelotaris.—Su figura.—Generalidades de su juego.—Desigualdades.—Poder de su brazo.—La *irritatura*.—De buenas y de malas.—Historia de Portal.—Comienzos de la carrera.—En San Sebastián y en Buenos Aires.—Elicuguistas y portalistas.—El aldeano.—Su *elocuencia* como pelotari.—El ciudadano de Irura.—Setenta mil pesos oro.

El *Ostión* de los pelotaris. Su figura no se presta, lo mismo que su juego, á filigranas literarias.

Desmadejado de cuerpo, con la boca abierta casi siempre y los ojos asustados, su brusco continente y sus andares recuerdan al antiguo boyero de Irura, la garrocha al hombro aguijoneando á los bueyes, maltrecho y pobre, comiendo pan de maíz.

Nadie quizá se ha dedicado á la pelota con tanto ahinco, con tan buena voluntad, y ninguno de sus compañeros ha ganado tanto dine-

ro como él, para lo cual le ha bastado la fuerza brutal del brazo y lo poco que la práctica y el instinto han podido alcanzar de su inculta inteligencia.

Tiene una bolea titánica, posee un formidable revés, juega adelante y atrás con el mismo brío; si está de buenas, rompe la pared á pelotazos; si le da por pifiar, parece que la cesta está llena de agujeros; saca muy bien, resta con energía, cubre plaza eficazmente, es resistente y ligero, y, á pesar de tan excelentes condiciones, carece generalmente de seguridad.

Desigual como él solo, hay veces que lucha admirablemente, como un león, y es jugador de primer orden, pelotari superior; otras se le ve medir mal el saque, errar en pelotas servidas, echar otras tan pronto al cielo como á la tierra, y correr cuando debiera detenerse y detenerse cuando debiera correr, llegando á todas partes tarde y con daño, desperdiciando el sudor, malgastando sus facultades, haciendo las cosas al revés.

Obligado á moverse en ambos juegos, el de adelante y el de atrás, ya en las violencias del

remate, ya en la pelea ponderada y resistente del zaguero, está justificada la desigualdad como nota predominante de este pelotari.

Sus defectos no le impiden, sin embargo, ser mano á mano, un pelotari sin rival, y salir vencedor casi siempre de las quinielas en Buenos Aires, donde tiene un partido inmenso.

Ya he dicho antes que nadie tal vez se ha dedicado al *sport* de los frontones con la aplicación de Portal. Si no hace más, es porque el desequilibrio entre la inteligencia y el poder no ha podido llevarle á otro resultado.

La potencia de su brazo es fenomenal, quizá la más fenomenal que existe hoy en los frontones; la fuerza de su bolea no admite comparación sino con el revés de Otegui (Chitivar), un revés que asusta; pero el juego de Pedro Arrese Igor, en su brutalidad nativa, resulta siempre ordinario, no tiene la irresistible belleza, la ductilidad, los atractivos de los de Elícegui é Irún, y carece en absoluto del ingenio, de la travesura y de la suprema inteligencia que caracterizan al de Román Beloqui.

Conviene advertir que el frontón de San Sebastián ejerce sobre Portal una verdadera

jettatura, porque lo mismo en Bilbao que en Buenos Aires—y de las plazas de la capital de Vizcaya puedo dar fe—el juego de Portal es más seguro y parece tener en ellas más confianza el jugador.

Cuando éste se confía y le es propicia la fortuna, la plaza es pequeña para él. Castiga atrozmente, extiende tanto como el que más, sus saques cruzados son traidores y dificilísimos de restar, por la medida justa y el impulso tremendo del poder; cubre plaza desde los diez cuadros, y se convierte algunas veces en barredera que asusta y desconcierta á los adversarios.

Jugando con su hermano—un pelotari de relativo valor, zurdo,—perdió el año pasado por un tanto, en San Sebastián, un partido contra Beloqui y Samperio, el delantero y zaguero más temibles de cuantos manejan cestas, lo mismo en América que en España.

En Rentería la ví también jugar hace un año un partido con Samperio, contra Irún y el Manco de Villabona, y alcanzar victoria en reñidísima lucha, en la cual demostró Portal lo que vale cuando está de buenas.

Hace quince días, en cambio, siendo zaguero de Irún, contra Muchacho y Tandilero, le ví en San Sebastián hecho una calamidad, asustado como un niño, nervioso como una doncella, temblándole las piernas, sin saber servirse de la pelota, pifiando á cada instante, sin vista, sin brazo, torpe, desatinado, demostrando su impotencia cuando está de malas.

La *jettatura* de Jai-Alai había paralizado por completo todas sus facultades, y Portal se desahogaba echando pestes contra la mala sombra del frontón.

De todas suertes, con sus cualidades y sus defectos, la fama de Portal es grande y justa; tiene admiradores como jugador delantero y como jugador zaguero, y bastaríale ser de los pocos que dominan los dos juegos para figurar, como figura con sobrada razón, entre los primeros pelotaris del día.

La historia de Portal es poco interesante, pero demuestra lo que puede alcanzar una voluntad de hierro aun en las inteligencias más limitadas.

Iniciado por el célebre Chiquito de Eibar el renacimiento de la pelota, cuando el Chi-

quito y Vega marcharon á Buenos Aires y midieron allí sus fuerzas con los jugadores del país en toda clase de juegos, sobre todo á remonte, apareció la República Argentina como un filón de oro para los pelotaris guipuzcoanos.

Volvieron á España Vega y El Chiquito y lleváronse á Buenos Aires á los dos hermanos Brau (Cláudio y Eustaquio) y al Manco de Villabona; hace de esto ocho ó diez años.

En aquella época vióse por primera vez en el trinquete de San Sebastián á Pedro Arrese Igor, mozo de gran empuje, que jugó á mano en el trinquete y llamó la atención por su terrible botibolea.

Las noticias de América desarrollaron en él una voluntad decidida de hacerse jugador de cesta, y protegido por un amigo y un pariente de Tolosa púsose á jugar un día y otro, sin dar tregua al brazo ni paz á las piernas, en Rentería, en Vergara y en el frontón de Atocha de San Sebastián.

Cuando los dos Braus y el Manco volvieron de Buenos Aires, terminada su temporada de estreno, unióse Portal á Beloqui y fuéronse ambos allá con los antes citados pelotaris.

Pocos años después llegó á Buenos Aires Elícegui y cobró el barato en la República Argentina. Portal, entretanto, jugaba sin cesar, estudiaba obstinadamente, y desarrollábase así poco á poco el poder de su brazo, la ligereza de su cuerpo y la seguridad de su vista.

Estas cualidades llegaron á su plenitud cuando el pelotari de Irura midió sus fuerzas con el coloso de Rentería, con Elícegui.

Los frontones de Buenos Aires ofrecían á la fuerza de Portal considerable ventaja; el piso era de portland, el bote de la pelota corría mucho y, merced á estas circunstancias, las rasas y los saques cruzados adquirían extraordinaria violencia, que daba al juego del pelotari oficacia y lucimiento grandísimos.

Entonces llegó Portal á su apogeo y formáronse en la capital de la República Argentina los dos bandos, eliceguistas y portalistas, que monopolizaron, puede decirse, el interés y el entusiasmo de los bonaerenses hasta que llegó Irún.

Portal con Mardura, y Elícegui con Samperio jugaron partidos memorables, en los cuales se cruzaron muchos miles de pesos, menudea-

ron las ovaciones, cayeron á granel monedas de oro á la cancha y hubo también alguno que otro escándalo de marca mayor.

Protegido Portal por conspícuas personalidades de la sociedad *Laurak-Bat,* fué en la América del Sur jugador favorito de la mayoría y pudo en poco tiempo reunir un capital á la par que consolidar su fama.

Desde entonces acá su juego no ha variado; es el mismo de siempre, tremendo por su fuerza, demoledor, si la suerte le acompaña, deficiente por todos conceptos, blando y lleno de pifias si se le vuelve adversa la fortuna.

Campesino hasta la cepa, las finuras del idioma castellano, que con el dejo bonaerense adquieren femenino sabor, no han entrado en el pelotari de Irura.

Su lengua pronuncia el español con gran trabajo, y se mueve torpe y descarrila fuera del vascuence; pero su brazo castiga en un idioma que los adversarios no aciertan á comprender cuando Portal se asegura en un partido y empieza á pegar como una catapulta.

Si habla claro entonces y no tartamudea, bástale ese idioma para aplastar con su elo-

cuencia á todos los contrarios del jugador, y gracias á él ha llegado Portal á ser, según dicen, lo que los americanos llaman "un hombre de setenta mil pesos oro„.

¡Quién se lo había de decir al pobre boyero, al que andaba ayer, en invierno y en verano, por caminos y veredas, aguijoneando á los bueyes al son de melancólicos aires del país, interrumpidos de vez en cuando por el clásico *aida!*

Cuando vuelve hoy de América á su pueblo, Irura se viste de gala, el tamboril toca á rebato, el silbo vocaliza como un jilguero, la charanga se disloca y los cohetes hienden el espacio y serpentean y estallan, locos de buen humor.

Y Portal, con la boca abierta, y los ojos asustados, llega tan llanote, tan campechano, tan... *Ostión* como cuando se fué á Buenos Aires; nadie diría que bajo aquella ruda corteza hay lo que los americanos llaman "un hombre de setenta mil pesos oro„.

¡Dios se los conserve y se los aumente, para propio bien y felicidad y orgullo de los egregios habitantes de Irura!...

20 de Julio del 1891.

Mardura

El zaguero clásico.—El hombre de los motes.—Sonambulismo y pulmonías.—Escribiente y alpargatero.—Los dos primeros partidos.—Mardura y Baltasar.—En España y en América.—La carrera de Mardura.—Su modo de jugar.—La pareja azpitiana.—Cómo jugaban.—La maestría de Mardura.—El jugador y el hombre.—El lugar que ocupa Mardura en el pelotarismo moderno.

El zaguero que podría llamarse "clásico„ que más partidos ha ganado, que más partidarios ha tenido, que más ha dado que hablar, lo mismo en las provincias vascongadas que en la República Argentina.

Y, además, el hombre de los motes.

Por Juan José Eceiza no le ha conocido nadie; cada cual le ha adornado con un álias que le caracterizaba por antecedentes de la profesión, por sus movimientos, por su ligereza y hasta por su golosina.

De Mardura, *mar dura,* hicieron algunos *Maltiempo, Borrasca* y *Vendaval;* le llamaban *Ferrocarril* en Bilbao; uno le conocía por el *El Invencible,* otro por *El Maestro;* quien, tomando por base su antiguo oficio de alpargatero, le apodaba *Yute,* y quien, recordando añejas debilidades por ciertos pastelillos, le llamaba *Ojaldre.*

Y todos los apodos han ido bien á ese pelotari acabado en punta, ni alto ni bajo, seco, enjuto, lleno de esquinas, de cara larga y estrecha, labios finos, boca pequeña, ojos diminutos, barba triangular, nariz afilada como el branque de una trainera, y en cuyo cuerpo había algo de la zorra, de la ardilla y del saltamontes; cintura de goma, pies de azogue, vista de condor y olfato de perro perdiguero.

Era sonámbulo en su juventud, y á los catorce años se arrojó al patio desde el piso segundo de su casa, lastimándose el brazo derecho, el brazo con que había de labrar su fortuna poco tiempo después.

Sufrió más tarde una pulmonía que lo tuvo á las puertas de la muerte. Diéronle la Unción, sanó y se dedicó á repartir pulmonías en los

frontones, acompañado de su inseparable Baltasar.

Los padres de Mardura quisieron darle una carrera, y lo colocaron en calidad de escribiente en las oficinas del Registrador de la propiedad de Azpeitia, pueblo natal del pelotari.

Entre los expedientes y el juego de pelota optó por lo segundo, y descuidó lamentablemente los primeros, visto lo cual, y con el objeto de atarle corto, lo dedicaron á hacer alpargatas en el establecimiento de un maestro de la localidad.

Todo fué en vano. Mardura despreció las alpargatas como había despreciado los expedientes, y se entregó en cuerpo y alma á la pelota y la cesta, unido á Francisco Alberdi, (a) Baltasar, cuyo nombre había de popularizar al popularizar el suyo propio.

El primer partido formal que jugó la pareja, el año 1885, fué contra Lizurume y San Juan, en Azpeitia. Baltasar y Mardura lo ganaron.

Presentáronse enseguida en Rentería, jugaron los dos azpeitianos contra Elícegui, Melchor y Potono, y ganaron también.

Desde entonces la carrera de los azpeitianos fué un paseo triunfal; comenzaron á lanzar desafíos á diestro y siniestro, jugaron 13 partidos y ganaron 12.

Enfermó de pronto Baltasar, quedó manca la pareja, y suspendió sus trabajos hasta la curación del miembro dolorido.

Sanó Baltasar, y vuelta á las andadas y torna á los desafíos, con tal fortuna, que de 27 partidos que jugaron, ganaron 23, en los cuales vencieron á cuantos pelotaris pretendieron disputarles la supremacía en el frontón.

Inutilizóse luego Baltasar y quedó Mardura solo. Fué á Buenos Aires y cobró el barato como zaguero, hasta que Samperio se le puso delante y le hizo retroceder.

Después, en América y España, jugó y jugó mucho y muy bien, sostuvo su reputación á gran altura, peleó con todos y contra todos, escuchó grandes ovaciones, ganó allá muchos pesos y aquí bastantes pesetas, hasta que la muñeca cedió y dijo ¡basta!

Hoy vive en Azpeitia, hecho un indiano, con su cuerpo de esquirla y su bigotillo caído, que le da aires de mandarín.

¿Recobrará el brazo y volverá á jugar? No diré que nó, porque Mardura es joven y le falta mucho para llegar á *mancarrón,* como llaman al caballo matalón en Buenos Aires.

Juegue ó no juegue, ha hecho brillantísima carrera y su nombre queda unido para siempre al pelotarismo actual, en cuyas páginas figurará al lado de los primeros.

Tal es la brevísima historia del gran Mardura, de cuyas condiciones de pelotari voy á procurar dar idea á los lectores de este libro.

Fuerza brutal no la tuvo nunca, como no la tuvo El Chiquito de Eibar, como no la tuvo Urchalle ni la tiene Gamborena; pero poseyó, en cambio, como éstos, una maestría maravillosa para conocer la dirección y los efectos de la pelota y el arte eficacísimo de colocarla.

Ahí estuvo su fuerza, la fuerza que aprovecha todo y de todo saca provecho, la fuerza de verdad, la que pone á contribución la habilidad del pelotari para atacar con fruto los flacos del enemigo.

De Baltasar hizo Mardura cera blanda, que se plegaba á la voluntad del jugador zaguero con una docilidad y con una ductilidad admirables.

Baltasar y Mardura eran dos cuerpos y un alma, el alma del segundo, que hacía de los dos pelotaris, del delantero y del zaguero, un solo jugador en perfecto equilibrio de conocimientos y de facultades.

Baltasar era pelotari empeñoso, ágil, y, sobre todo, obediente. Mardura mandaba en él como manda el general en el soldado y lo dirigía con acierto sin igual.

Sin tener ninguna cualidad sobresaliente, Baltasar era pelotari fino y voluntarioso; pero, aleccionado por Mardura, su modo de jugar adquiría extraordinario realce, porque sabía de antemano el puesto que había que cubrir y el juego que tenía que hacer, auxiliado por un compañero que lo preveía todo y le ayudaba y le aliviaba y le jaleaba sin cesar.

Quien no haya visto jugar partidos á Mardura con Baltasar, á Samperio con Elícegui, y á Gamborena con Echeveste ó con Chitivar, no ha podido hacerse cargo de la animación que presta á la lucha y de los efectos que produce en el jugador delantero una dirección magistral.

Mardura ha sido, por ese concepto, algo ex-

traordinario, que cuantos le han visto jugar una vez recordarán siempre.

Maestro en la dirección, lo ha sido también en la colocación de la pelota y en la seguridad de engancharla y servirse á ella sin dificultad.

Como habilidad para trabar la pelota y arrimarla, ha tenido pocos que le igualen, quizá ninguno; puede decirse de Mardura que donde ponía el ojo ponía la bala.

Así era la desesperación de los jugadores delanteros, á los cuales ponia en mil apuros con su admirable maña.

Como pelotari seguro, Paco Echagüe decía de él: "Para que Mardura dé una pifia hay que pegarle un tiro.„

Y como jugador hábil, ligero, astuto, sereno, duro y fino, Mardura ha reunido cuantas condiciones se pueden exigir á un zaguero sobresaliente.

Levantaba los saques, poniéndose antes en cuclillas para seguir el impulso de la pelota, cubría plaza desde los siete y los seis cuadros, remataba los tantos adelante cortando sobre la raya con la irresistible violencia, con la olímpica serenidad de Tandilero; en todas partes es-

taba y á todos los lados acudía con energía extraordinaria y viveza ratonil.

Y llenaba la plaza de tal modo, que monopolizaba la atención del público en masa, como un gran profesor tiene pendientes de sus labios á una numerosa clase.

Popular lo ha sido como pocos; ha oído ovaciones entusiastas; ha ganado mucho dinero en los frontones, y ha poseído diplomacias de hijo de Loyola por afinidades de vecindad, puesto que nació y se crió en Azpeitia, que le ayudaron poderosamente á lograr todos sus fines.

Si el jugador, como tal, se perdía de vista, el hombre no le iba en zaga; fino como el coral por uno y otro concepto, ha sido, en resumen, Mardura, una hormiguita para su casa y un pelotari de mérito verdaderamente excepcional.

Como gran zaguero, ha caído herido en la lucha y ha tenido que retirarse prematuramente con el brazo lastimado, pero á tiempo para poder disfrutar tranquilamente del fruto de su maestría, si las cosas van mal dadas y no puede volver al frontón.

Vuelva ó no vuelva, el caso es que Juan José Eceiza *Mardura*, deja entre sus innumerables admiradores perdurable recuerdo, y que su nombre figurará en la historia del moderno pelotarismo, tratándose de jugadores zagueros y de maestros en el juego de pelota, en preeminente lugar.

Elícegui

El casamiento de Elícegui.—Mardura, Samperio y el Vergarés.—La ceremonia.—El novio.—Aparición de Elícegui en San Sebastián.—Su figura.—La fuerza del brazo.—Transformación.—El hombre y el jugador.—Sus arranques.—Anécdota.—Desde Azpeitia hasta Zumárraga.—Dedicatoria.—Cuatro años después.—Contrastes y vicisitudes.—Llegada á Madrid.—Juicio del pelotari actual.—Su juego.—Una *coda*.

Escribo estas líneas el 19 de Setiembre de 1888, pocas horas después de haber asistido á una ceremonia que Vicente Elícegui no olvidará jamás.

El famoso jugador de pelota acaba de ganar el partido más importante de toda su vida. ¡Se ha casado!

Su mano derecha, esa mano atlética, formidable, que convierte la cesta en un ariete y lanza la pelota con inaudito vigor, ha estre-

chado, trémula y nerviosa, la de Felisa Arteche, preciosa criatura de veintiún años.

Unidas ambas diestras, enorme y carnosa la una, fina, blanca y delicada la otra, se han apretado febrilmente.

La ruda corteza del coloso ha vibrado al contacto de aquel átomo de carne inmaculada, y los labios del pelotari han balbuceado un "Sí, señor„, imperceptible, contestando á las preguntas del sacerdote.

Mardura, Samperio, el Vergarés, tres compañeros de Vicente, tan pronto amigos como adversarios en las luchas del frontón, seguían atentos los detalles del desposorio.

Mardura sonreía maliciosamente; su cuerpo puntiagudo, que tiene en la plaza las ondulaciones y los dislocamientos de una lombriz, se mantenía erguido y seco como una esquina, mientras sus furtivas miradas á los concurrentes subrayaban un mundo de picarescos comentarios.

Samperio, el diplomático, el amigo fiel que ha llevado el peso de las negociaciones amorosas, estableciendo un puente entre las timideces de Elícegui y los puderes de la novia,

asistía al acto solemne, con la seriedad satisfecha de quien ha repicado en el sermón.

Y el Vergarés, grande, fornido, deslabazado, casado también él, desde hace cinco meses, abría unos ojos espantados, los paseaba aburridos por todas partes, y, falto de asiento, se dejaba caer en el confesonario de la capilla, donde encallaba como un gabarrón.

Un cura joven, D. José Zapirain, amigo cariñoso de Vicente, se estrenaba en la administración del Sacramento. Otro sacerdote, ducho en la materia, amable é ilustrado, guiaba al oficiante, señalábale las oraciones que había de leer y dirigía la ceremonia con holguras de maestro consumado.

Amigos de los novios y parientes ocupaban sus lugares en la capilla, que una claridad opaca, producida por la niebla del exterior, envolvía en un ambiente de melancólico recogimiento.

Y frontero al altar se erguia, en el grupo formado por los novios, el padrino, la madrina y un testigo pecador, la figura de Vicente Elícegui.

¡Qué diferencia en el breve transcurso de un año!

Aquel admirable ejemplar de la raza eúskara, aquel atleta del *sport* guipuzcoano, con formas hercúleas de gladiador y cabeza chica de estatua griega, se había transformado enteramente.

Elícegui lucía un *complet* negro de pantalón, chaleco y chaqué; fina corbata blanca de raso se anudaba en el cuello de la camisa, un cuello alto, estirado, rígido, que le hacía tener la cabeza levantada, como en violenta opresión.

La estatura colosal del pelotari, sus atléticas formas se destacaban en el fondo gris de la capilla como una columna de músculos y carne, cuyos estremecimientos se adivinaban á través de la vestidura.

Y encima de toda aquella materia, encima de aquel vigor físico imponente, descansaba una cara de niño, brillaba una mirada cándida, inocente, infantil, iluminando con aureola de sencillez conmovedora al Hércules del frontón.

Cuando Elícegui apareció en *Jai-Alai,* la figura del famoso pelotari oscureció á las de todos sus competidores.

Grande, inmenso, colosal, *bâti en Hercule*, como dicen los franceses, su estatura convertía en pigmeos á cuantos le rodeaban, y alzábase poderosa y absorbente, reveladora de fuerzas invencibles, de irresistibles empujes y de continuados triunfos.

Había en aquel torso marmóreo, en aquel biceps redondo, abultado y musculoso, duro como la piedra y blanco como la nieve; había en aquel pecho descomunal, cuyas carnosidades amotinadas señalaban la línea de un seno femenino; había en aquella exuberancia, en aquella prodigalidad de la naturaleza, tal carácter de vigor intrínseco, tal huella de fortaleza inconsciente, que no parecia sino que la materia había realizado un alardo orgulloso, una baladronada de potencia física, de empuje brutal.

Sí, había mucho de brutal en el cuerpo de Elícegui; había esa manifestación de la fuerza innata, sin dirección ni método, que se esparce á borbotones, emancipada de la inteligencia, guiada tan solo por el instinto.

Pero la naturaleza, harta, sin duda, de la obra material, habíase refugiado en un detalle

para compensar, con las suavidades acumuladas allí, las asperezas de todo el conjunto.

El célebre pelotari mostraba, como contraste visible de su atlética conformación, una cabeza pequeña y redonda, hecha de una pieza, como quien dice, abundante en cabello rubio y rizoso.

Su fisonomía imberbe, sus lábios gruesos y mal unidos, algo caído el inferior, como signo de bondad y fortaleza; sus ojos azules, húmedos y entreabiertos, con rubores de doncella y expresión mística de catecúmeno; la carnación sonrosada de la faz, las vibraciones de una juventud sana y vigorosa, cuyos arrebatos se dulcificaban al contacto de innatas timideces, toda esa mezcla de hirviente sangre y de natural y adorable continencia, daba á la cara de Vicente Elicegui aires de San Luis de Gonzaga estampado en Epinal.

Entre el despilfarro de fuerzas de su cuerpo de gigante y las dulzuras de una cara de niño sin pecar, existía contraste marcadísimo; y si el cuerpo se movía con las pesadeces de una mole, la fisonomía, en cambio, se destacaba siempre como iluminada por un nimbo de mansedumbre y de bondad.

Tenía Elícegui muchos detractores. Aquellos á quienes las victorias del pelotari molestaban, aquellos que veían surgir de pronto una barredera de ídolos, hacían presa en la hercúlea constitución de Vicente, negábanle todas las condiciones de entendimiento, de ingenio y de astucia que las luchas del frontón requieren, y, dando á la torpeza y á la ignorancia la parte de la nobleza y de la bondad, encerraban el valor del pelotari en el único y exclusivo poder de su imponderable brazo.

El brazo, y nada más que el brazo; la fuerza, y nada más que la fuerza, la fuerza material, la fuerza brutal, que gana sin pelear y asombra sin convencer; no veían otra cosa.

Para ellos, Elícegui era Milon de Crotona, Goliat ó Briareo: miraban al cuerpo; la cara pasaba inadvertida: aquella cara dulce y noble, destinada á encauzar mañana los arrebatos de la materia y que traía á la mente como un dejo del *Giuocatore di pallone* de Leopardi.

El pelotari se fué á Buenos Aires, y volvió de allí á los ocho meses.

Era otro y era él mismo; lo habían barniza-

do, lo habían adornado, habían hecho de él un *señorito*.

La americana había reemplazado á la chaqueta, el sombrero y la boina. Elícegui lucía sortijas en los dedos, llevaba camisa con tirilla y corbata de nudo con alfiler de brillantes.

El mocetón lampiño ostentaba ya barba flamante, rizada y blonda como el cabello, que afinaba los labios y encuadraba la cara coquetamente, introduciendo en aquel semblante fino y sonrosado una especie de armonía viril.

Había más; el aldeano inculto que se resistía ayer á balbucear un castellano imposible, hablaba exótico idioma en el cual las contorsiones de una sintaxis desquiciada alternaban con sustantivos y adjetivos de pura cepa bonaerense, pronunciados con melosa entonación y acento un si es no es afeminado.

Pero ese ropaje moderno venía ancho al famoso pelotari, no había hecho mella en lo interior.

El cuerpo se había enmascarado, no así el alma. El San Luis de Gonzaga de Epinal subsistía en toda su pureza, y á través del sombrero, de los brillantes, de las tirillas y de la

barba, la expresión dulce y tímida de los ojos elevaba su protesta, dando á entender que la inocencia y el candor ingénitos vestían todavía la boina y la chaqueta.

Así estaba Elícegui el día de su boda en la iglesia parroquial de Azpeitia, ante el altar donde unió para siempre sus destinos á los de Felisa Arteche, la adorable niña que manda hoy en el corazón del célebre pelotari.

Cuerpo de gigante y cara de niño; tal es el hombre y tal el jugador.

Por un lado el vigor material, avasallador, irresistible; por otro lado la timidez innata, el candor infantil.

El arte de Elícegui se resume en dos palabras: fuerza y nobleza: fuerza y nobleza de un coloso de veintidós años, cuya grandeza desconoce los ardides de la astucia, las sugestiones de la artería, todo lo que representa, en fin, lo pequeño, aunque lo pequeño en el frontón sea necesario á veces, y á veces también indispensable.

Jugador delantero valiente, decidido, enérgico y poderoso, la fuerza de su bolea es irresistible; cubre la plaza hasta los diez y once

cuadros, y entra desde ellos al aire, con un aplomo y un vigor que asombran.

El revés, los sotomanos, las boleas altas y bajas, el sobrebrazo, las dos paredes, las cortadas, todo lo posee y todo lo domina.

Su vista encuentra la pelota en esos tremendos saques del Manco y de Portal que tienen la violencia de un disparo, y, como Beloqui, espera esos saques entrando á la bolea en el cuarto cuadro, medio arrodillado en el suelo y con el brazo pegado á la pared.

Proteo de la pelota, abarca todas sus dificultades; pero, ya lo he dicho, hace poco; el juego de Elicegui es refractario en general al arte de las escaramuzas, desconoce las sutilezas de la estrategia y se desarrolla siempre con grandeza, poderío y majestad, reñidas con el ardid y la travesura.

Ligerísimo de piernas, á pesar de su estatura extraordinaria, acude al sitio del compromiso con gran agilidad, se lanza temerario muchas veces á alcanzar pelotas que pone fuera de su cesta el adversario, y tremendo, formidable, nunca cansado, siempre fresco y lleno de vigor, vence á todos, por poco equilibrada

que esté la habilidad de los demás jugadores, con el poder de un brazo que castiga la pelota despiadadamente una y otra vez con la desesperante insistencia, con el aplomo y la precisión automáticos de una máquina de carne y hueso.

Su juego es siempre grande, noble y elegante; la armonía del cuerpo se mantiene á despecho de las más violentas posturas; su busto se yergue en la bolea con la imponente grandeza de un titán, y adquiere en las jugadas de revés ondulaciones dignas del cincel de un Fidias.

Antes de encestar una pelota, la mano derecha gira en airoso semicírculo hasta tocar con la punta de la cesta los dedos de la otra mano, y este movimiento pausado y regular imprime á todo el cuerpo elegancia y distinción notables.

Ni la fortuna le engríe ni le descomponen los reveses: cuando gana, calla; si pierde, se resigna.

Desigual en ocasiones, como todos, es también jugador de arranques admirables, de terribles empujes, en los cuales, sin descompo-

nerse el cuerpo, la fuerza se centuplica, la materia se crece, abre el regulador la máquina y lo barre todo como un vendaval, como una inundación.

Nada puede dar idea en esos momentos de la grandeza de Vicente Elícegui, de la corrección que ostenta su juego en medio de su impetuosidad arrebatadora, de aquel conjunto de poder, de distinción y de nobleza que no tiene pareja ni admite rival en los frontones.

El año pasado jugaba un partido en Buenos Aires. Llevábanle gran ventaja los contrarios, y en uno de esos arranques suyos había logrado acortarla considerablemente.

Gruesas sumas se habían cruzado por uno y otro bando; la lucha se enardecía por momentos y le faltaban ya pocos tantos á Elícegui para igualar el partido, cuando de pronto, en las violentísimas peripecias, en el vertiginoso vaivén de un tanto disputadísimo, Vicente estorbó á su adversario.

Pidió el estorbado jueces, y levantáronse éstos para juzgar el incidente; pero, adelantándose Elícegui á los árbitros, declaró que había estorbado la pelota y no ganó, por ende, el tanto.

Una inmensa aclamación, en que se unieron los que jugaban en pro y en contra del pelotari, resonó en la *cancha* y premió aquel rasgo admirable de nobleza y caballerosidad que retrataba al gran jugador de cuerpo entero.

Grande y noble en su juego, tímido y sencillo en su trato, tal es y será siempre el famoso pelotari.

Si sus compañeros no le vencen en el frontón, en cambio, fuera de él, lo dominan por completo, haciéndole blanco preferente de todas las cuchufletas, porque su inmensa bondad lo perdona todo.

Mardura, Beloqui, Samperio, el Manco, todos juegan con él como con un niño, explotan su timidez, le lanzan acerados dardos que atacan á veces á creencias arraigadas, y el que un momento antes era enemigo formidable que los arrollaba y vencía á todos, se convierte en el ser inocente y ruboroso, incapaz de adivinar la sátira ni de echar á mala parte las bromas del compañero.

En cierta ocasión, sin embargo, cuentan que un pelotari de orden secundario hubo de ame-

nazar á Elícegui y hasta hacer ademán de darle un golpe.

Elícegui cogió sencillamente al gozque por el cuerpo, lo levantó en alto, lo sacudió primero, lo balanceó dulcemente después, dirigióse riendo á los que presenciaban la escena, y diciendo

—¿Adónde lo tiro?,

lo volvió á dejar en el suelo, como quien deja una maleta.

Unido ya para siempre á una niña encantadora, Elícegui ha salido para Barcelona hoy mismo.

Hemos venido juntos desde Azpeitia hasta Zumárraga, juntos hemos recorrido el camino que serpentea entre los montes de Irimo, Elosúa y Pagocheta, con las cimas de Descarga al lado opuesto y las aguas del Urola, que corren mansas y pobres al pié de la carretera.

Mardura y Samperio han venido también, y con ellos el padrino de la boda, unido á Elícegui por vínculos de amistad que la gratitud y el afecto del pelotari han hecho indestructibles.

Quien ha apadrinado el enlace de Elícegui

con Felisa Arteche lleva mis apellidos paterno y materno, y es otro yo por parentesco y por cariño.

Por eso indudablemente me han atribuído los periódicos un papel que no he representado; me han hecho padrino de Vicente, cuando no he sido en realidad sino testigo de su boda.

Honrado con la solícita invitación del pelotari, admirador y amigo suyo, no conocía á Felisa Arteche; no conocía á aquella cuya mano estreché por vez primera momentos antes de verla unida para siempre á la del gran jugador.

A Felisa Arteche dedico, pues, este trabajo. Ella, que es todo bondad, todo candor, no verá en mi pobre obsequio el regalo del testigo, sino el gratísimo recuerdo de un día que ni ella ni yo olvidaremos nunca.

. . . . . .

Cuatro años hace que escribí las anteriores líneas, cuatro años durante los cuales la carrera de Elícegui ha ofrecido contrastes y pasado por vicisitudes que debo señalar.

El hombre ha engordado, y el exceso de

kilos ha constituído para el pelotari una impedimenta que ha atacado á su resistencia y á su agilidad.

Precedido de gran fama llegó á Madrid, y justo es confesar que, hasta ahora al menos, el público ha visto en Vicente Elícegui un pelotari en general poco ligero, y desidioso á veces, que se presenta con una sola jugada, el revés aire, que maneja de un modo admirable en el juego de lantero, y nada más.

Su juego es tan limpio, tan fuerte, tan elegante como siempre, pero monótono y, por decirlo así, sedentario, porque le falta la vida de la ligereza, el interés del entusiasmo, y resulta grande, pero gris.

Quizá se halle aún bajo la influencia del viaje por mar. De desear es que el mareo desaparezca y vuelva Elícegui á ser el pelotari que todos conocimos y admiramos hace cuatro años en Guipúzcoa, el pelotari de la semblanza que antes escribí, y á la cual he agregado, bien á mi pesar, la presente *coda*.

Samperio

Las comodidades caseras y el campo.—El caso de Luis Samperio.—Su biografía.—La afición al juego de pelota.—El colegio de Hasparren.—El director de banda.—Los dos rentorianos.—La primera escapatoria.—Reincidencias.—La vocación.—Samperio pelotari.—Sus triunfos.—Alternativas del brazo.—El apogeo de la primera época.—Elicegui y Samperio.—Un partido inverosímil.—Irún y Samperio en Bilbao.—La despedida de Samperio en San Sebastián.—Nuevos triunfos en Buenos Aires.—El partido fatal.—La figura del pelotari y su juego.—El hombre.—Los deseos de un admirador.

Las luchas modernas del frontón, requieren en el pelotari facultades extraordinarias de fuerza y robustez, de agilidad y resistencia, que difícilmente pueden desarrollarse en el tranquilo medio de una familia acomodada, refractaria á las vanidades del mundo y para quien las públicas exhibiciones constituyen generalmente un rebajamiento de nivel social.

El aire libre del campo ha dado casi siem-

pre á los frontones su contingente más conspícuo; los rayos del sol, las humedades, los embates del viento, las privaciones de todo linaje, trabajar mucho, dormir poco y comer mal; la escuela de la miseria, en una palabra, ha sido plantel de pelotaris, vivero de hombres robustos, sanos, duros, de privilegiada complexión, que han conservado en todo su esplendor el atavismo de la raza eúskara.

Nacer fuera de este ambiente, en el seno de una familia colocada al abrigo de una desahogada posición, educarse como un *señorito*, tocar el piano y hablar francés, y ostentar además en las luchas pelotísticas cualidades extraordinarias, llegar á un puesto por nadie alcanzado hasta ahora en el juego de atrás, es el caso de Luis Samperio, del célebre pelotari que ocupa en el juego moderno único y señaladísimo lugar.

Luis Samperio nació en Rentería el 3 de Diciembre de 1866. Sus padres, honrados comerciantes muy estimados en la pequeña é industrial villa guipuzcoana, se trasladaron á Arichulegui (Oyarzun) cuando estalló la segunda guerra civil, hasta cuya terminación

permanecieron allá, con sus cinco hijos, de los cuales era el mayor Luis Samperio, que contaba entonces siete años de edad.

En Rentería, á donde volvieron todos en cuanto se hizo la paz, recibió Samperio su primera educación en la escuela del pueblo; pero desarrollóse en el muchacho tal afición al juego de pelota, que á fuerza de bregar sin descanso, á mano y con una pequeña cesta, bajo los arcos del Concejo municipal, púsose tan flaco, que sus padres tuvieron que encerrarle en casa primero y mandarlo enseguida al Colegio de San José de Hasparren, cerca de Bayona.

Allí permaneció cuatro años, durante los cuales llegó á poseer el idioma francés y se entregó con frenesí al estudio del piano, en una afición al arte musical que le dominó completamente y sigue todavía dominándole con fuerza cada vez mayor.

De regreso á Rentería, colocáronle sus padres en las oficinas de la Sociedad de tejidos de lino, y se encargó al poco tiempo, *gratis et amore*, de la dirección de la charanga municipal, en la cual actuaba de bombardino Vicente Elícegui.

Y allí pasó dulcemente los días la futura pareja invencible, soplando Vicente como un desesperado en el instrumento y llevando Luis el compás con airosa batuta, hasta que la construcción del frontón de Rentería dió al traste con la música, y las *chisteras* derrotaron en toda la línea á la batuta y al bombardino.

Elícegui y Samperio se dedicaron entonces con gran empeño al *sport* vascongado, utilizando el segundo las horas que sus ocupaciones oficinescas le dejaban libres.

Al cabo de un año, el nombre de Elícegui comenzó á figurar en los carteles; el novel pelotari viése solicitado por las empresas y dió principio á las admirables campañas que habían de popularizarle muy pronto y constituir la base de su fortuna actual.

Samperio se veía entre tanto condenado á no salir de Rentería, ante la terminante negativa de sus padres, que le prohibían en absoluto abrazar la profesión de pelotari.

Elícegui iba con frecuencia á Bilbao, jugaba allí, volvía al pueblo con el premio que en cada partido le pagaban, y la tristeza de Sam-

perio aumentaba, al par que su afición, al oir los relatos de su compañero y ver el dinero que le proporcionaban sus salidas.

Enteradas las empresas por Vicente de la habilidad de Samperio, proponíanle partidos, suplicábanle fuese á Bilbao y mandábanle cartas y partes telegráficos que el muchacho rompía desesperado, no queriendo disgustar á sus padres, que veía cada vez más obstinados en mantenerse en su negativa.

Llegó un día, sin embargo, en que los propósitos de Samperio se rompieron y cometió la primera desobediencia, dió el paso definitivo que había de decidir de su carrera y lanzarlo de lleno á las luchas del frontón.

Volvió Elícegui de jugar un partido en Bilbao, y dijo á Samperio:

—El domingo que viene jugamos tú y yo en el frontón de Portugalete contra Mardura y Baltasar. Ya está hecho el partido, ya están tirados los carteles. Dime si aceptas, para avisar, en caso contrario, y decir que borren tu nombre del cartel.

La tentación era demasiado fuerte. Samperio se resolvió á aceptar el partido, decidido

á arrostrar con su familia las consecuencias de aquel acto de insubordinación.

Se calló, y cuando llegó la mañana del sábado, encerróse en su cuarto y se puso á arreglar una pequeña maleta, en la cual metió lo estrictamente necesario para una ausencia de cuarenta y ocho horas.

Su padre le sorprendió en esa faena.

—¿Qué haces?—le preguntó.

—La maleta.

—¿Para qué?

—Para irme esta tarde á Bilbao.

—¿A qué? Ya me lo supongo.

—Sí, señor; á jugar un partido con Vicente. No me tuerza Vd. la voluntad; estoy resuelto á todo.

Las cariñosas observaciones del padre, las lágrimas de toda la familia, de la madre, de los hermanos, que suplicaban de rodillas al calavera desistiese de marcharse á Bilbao á jugar, no lograron quebrantar la firmísima resolución de Samperio.

Se marchó con Elícegui, jugó el domingo, volvió el lunes á Rentería, entregó inmediatamente á su padre los cincuenta duros del premio

y reanudó sus trabajos en la fábrica de tejidos.

—Primera y última, ¿eh?—le dijo su padre.

El chico no contestó, volvió á repetir el sábado siguiente la misma operación, estuvo dos días ausente, entregó otra vez á su padre cincuenta duros, y vuelta á la fábrica de tejidos, hasta que, concertados dos partidos para un domingo y un jueves, quedóse en Bilbao toda la semana y regresó á Rentería con tres mil reales que entregó, como siempre, religiosamente al autor de sus días.

La conducta de Samperio era tan correcta y tan convincentes los *argumentos* que le proporcionaban los partidos, que el padre del muchacho comprendió que se trataba de una vocación irresistible, y cedió.

Desde este instante comienza en realidad la vida del pelotari en Luis Samperio, su estrecha unión con Vicente Elícegui y la serie de triunfos que alcanzó el gran zaguero en medio de un entusiasmo creciente por el jugador y de la consideración y de las simpatías por el hombre.

Ocurría cuanto dejo dicho en 1886, año durante el cual, y en el verano de 1887, jugó Sam-

perio en los tres frontones de Bilbao y en el de Atocha y Jai-Alai de San Sebastián, tan pronto de delantero como de zaguero, bien con Elícegui ó bien en contra suya, desarrollando un juego tan elegante, tan fino y vigoroso á la vez, que alcanzó enseguida gran renombre y ganó partidos de suma dificultad.

En Junio de 1887 vino á Madrid y jugó en el Retiro y ganó dos partidos con el Vergarés contra Elícegui y Antonino Uranga, quedando resentido del brazo por haberse visto obligado á jugar con pelotas de 100 á 110 gramos, pues no pudieron encontrarse en la corte algunas que reuniesen el peso reglamentario.

Con el objeto de no violentar el brazo resentido, comenzó entonces Samperio á usar el revés y el sotamano, lo cual le llevó poco á poco al juego de la zaga, que adoptó resueltamente cuando salió en el otoño de 1887 contratado para los frontones de Buenos Aires.

Allí empezó á jugar con el brazo lastimado aún, y, unido á Elícegui, ganó varios partidos contra Beloqui, Mardura, Portal y Eustaquio Brau.

Cuando regresó á Europa en el verano

de 1888, las fatigas de Buenos Aires y la navegación hicieron que el brazo del pelotari cayese completamente, lo cual no le impidió cometer la grave falta de continuar jugando y de perder los seis partidos que jugó entonces en Bilbao y en San Sebastián.

Volvió á Buenos Aires en el otoño, curósele radicalmente el brazo, y aquel año y los dos siguientes señalaron el apogeo de la primera época de Luis Samperio, la sucesión de triunfos que alcanzó unido á Elícegui, triunfos extraordinarios que han quedado memorables en la República Argentina y válieron á Samperio muchísimos pesos y ovaciones sin fin.

Elícegui y Samperio jugaron de tal manera que no había combinación posible, dos contra dos. Vencieron á Beloqui y el Manco, á Beloqui y Mardura, á Portal y Mardura, á Beloqui y Portal, á Portal y el Manco, cuando estos jugadores se hallaban en la plenitud de sus fuerzas y de su habilidad.

Viendo la empresa de la Plaza Eúskara de Buenos Aires que se habían agotado las combinaciones todas, propuso á Elícegui y Samperio un partido, en el cual jugarían ambos, *á*

condiciones iguales, contra Beloqui, el Manco y Portal, á 55 tantos.

Enardecidos los renterianos por los sucesivos triunfos que alcanzaran, aceptaron el terrible reto, y el partido se jugó ante un público del cual formaron parte el Presidente de la República y varios Ministros.

Fué un acontecimiento que ha dejado en el Plata recuerdo indeleble.

Los dos tenían que contrarrestar todos los juegos conocidos, la fuerza tremenda de Portal, el juego traidor del Manco, la maestría prodigiosa de Beloqui, acorralados por todas partes, con todos los huecos cubiertos, con todas las contingencias previstas, obligados á acudir á todas partes, en movimiento continuo, llevando, en suma, el peso brutal de una lucha en que el número, el vigor, la habilidad y la resistencia les cortaban todos los caminos.

La pelea fué encarnizada, disputáronse los tantos, uno á uno, con energía asombrosa, las ovaciones se sucedieron casi sin interrupción y perdieron por fin materialmente Elícegui y Samperio *por dos tantos,* hicieron 53 para 55;

pero la victoria moral se adjudicó unánimemente á la incomparable pareja.

Terminado el partido, arrojóse á la cancha el público y sacó de ella á los renterianos poco menos que en andas, vencedores, triunfantes, en medio de aclamaciones frenéticas que sancionó la prensa al día siguiente, entonando ardientes ditirambos en pro de los vencidos, á los cuales proclamó con más entusiasmo que nunca los invencibles del frontón.

Cuando dió fin la temporada y regresó Samperio á Rentería el año 1890, jugó el 8 de Junio en el frontón de Deusto un partido con Irún contra Portal y Recondo.

Conocí á Samperio en Azpeitia, en Setiembre de 1888, con motivo de la boda de Elícegui, á la cual asistimos los dos como testigos.

Aquel verano, Samperio tenía caído el brazo y no jugó. Restablecióse en Buenos Aires, realizó allí las proezas antes relatadas, que habían despertado en todos nosotros vehementes deseos de verle en el frontón, y se presentó por primera vez vestido de pelotari ante mi vista, en Deusto, para jugar, llevando á Irún

de delantero, el partido antedicho contra Recondo y Portal.

Fué un partido admirable, originalísimo, como no he presenciado otro jamás, y ha quedado para siempre grabado en mi memoria.

En la primera mitad de la lucha, en los veinticinco primeros tantos, la inmensa superioridad de Samperio se reveló á todo el público, que aplaudió entusiasmado aquel juego de atrás irresistible, completamente nuevo, que inutilizaba en absoluto al delantero contrario y preparaba al suyo remate brillante y fácil.

Irún, fresco y descansado, entraba casi siempre á tiro hecho, cogía la pelota entregada cuando Recondo volvía los dificilísimos restos de Samperio y obedecía á éste con docilidad de niño, bajando siempre la cesta en cuanto le pedía la pelota Luis.

Marchaba así el partido en esa admirable armonía de los dos jugadores, que representa el equilibrio, la verdadera fuerza de la lucha, desarrollando Samperio todo su juego y sin necesidad de esforzarse en lo más mínimo Irún, y así llevaban considerable ventaja sobre Por-

tal y Recondo, cuando de repente notose en Samperio una flojedad extraordinaria, un decaimiento enorme, la paralización casi completa de la fuerza y de la habilidad.

Se le había caído el brazo. Dirigióse á Irún, habló con él breves palabras, y el partido cambió de aspecto radicalmente.

—No tengas cuidado—le había dicho Juan José.—Sostén lo que puedas el juego de atrás y no te apures. Yo me encargo de todo.

Y comenzó á jugar Irún. ¡Qué maravilla! Jugó de una manera imponderable, él solo contra todos, desarrolló juego de astucia y de poder, cortando, extendiendo, colocando, cubriendo toda la plaza, acosado por Recondo y Portal, que multiplicaban sus esfuerzos al advertir la desgracia de Samperio.

Este se limitaba á traer á buena las pocas pelotas que se escapaban á la bolea de Irún, y así fué caminando el partido, jugando admirablemente Portal y Recondo, disputándose con encarnizamiento los tantos, hasta que, colocados á 49 iguales para 50, la fortuna coronó los esfuerzos de Irún adjudicándole la victoria.

Samperio no volvió á jugar aquel año en los

meses de Junio, Julio y Agosto. Comenzó á reponerse á principios de Setiembre, y volvió al frontón, luchó de nuevo en San Sebastián y en Bilbao, y produjo entusiasmo general cuando en los últimos partidos, días antes de salir para Buenos Aires, lució su incomparable juego.

La antevíspera de su regreso á la República Argentina, jugó en Jai-Alai con el Manco, contra Beloqui y Mardura un partido de despedida, que ha quedado memorable en San Sebastián.

Juzgábase imposible que el Manco y Samperio pudieran ganar á adversarios como Mardura y Beloqui, por lo cual dábase un momio considerable á favor de los últimos; pero fué tal el juego que desarrolló Samperio, mostráronse entonces de tal suerte las condiciones del pelotari á quien el público de San Sebastián no había podido juzgar nunca en el pleno uso de sus facultades, que Beloqui y Mardura quedaron en 43 tantos y Samperio fué objeto de continuas y entusiastas ovaciones, ganando un partido en el cual la *cátedra* unánime había salido en contra del gran jugador.

Tornó rehecho á Buenos Aires, jugó nuevamente allí, y nuevamente apareció en Luis Samperio el zaguero admirable, terror de todos los pelotaris delanteros que, unido otra vez con Elícegui, renovó los laureles de la pareja invencible y derrotó á cuantos midieron con ella sus fuerzas y su habilidad.

Samperio, aherrojado por las condiciones brutales que la empresa de Buenos Aires impone á los pelotaris, tuvo que aceptar entonces cuantos partidos le hicieron; jugó con otro compañero contra tres, consiguió brillantísimas victorias, lo colmaron de entusiastas elogios los aficionados y la prensa; pero teniendo que soportar á la fuerza el peso de aquellos terribles partidos, ocurrió muy pronto lo que era de suponer.

En Agosto de 1891, viendo la empresa que no había pareja de primera á la cual no venciese Samperio, hízole jugar contra el Marinero y Pedrós, un partido en el cual Samperio llevaba de compañero un jugador de ínfima categoría, un tal Labaca.

Comenzó la lucha, y en el primer tanto, resintióse el brazo de Samperio, lo cual se

apresuró éste á poner en conocimiento de la empresa, suplicándole suspendiese inmediatamente el partido.

No accedió el empresario á tan justa pretensión, y vióse obligado Samperio á sacar fuerzas de flaqueza, y á jugar aquel partido bárbaro, que merced á extraordinarios esfuerzos, perdió por cinco tantos nada más.

Las consecuencias fueron fatales. Samperio no ha vuelto á ponerse la cesta desde entonces; hace diez meses que no juega.

Esa es la historia de Luis Samperio, la relación sucinta de sus triunfos, las etapas de una carrera brillantísima, llena de victorias memorables y cortada por dolorosas soluciones de continuidad que exclusivamente se deben á la naturaleza especial y originalísima de su juego.

Su figura presenta muchos puntos de contacto con la de Irún; es más fina, más elegante, las facciones de Samperio tienen una regularidad, una blandura que delatan enseguida al hombre que ha vivido al abrigo de la necesidad y recibido educación esmerada; se ve en Irún la planta silvestre, y en Samperio la flor

de invernadero; pero hay en los dos la misma conformación atlética, la misma anchura de hombros y de pecho, la misma potente musculatura, y los dos revelan la característica de su juego en el mismo detalle: la cabeza echada hacia adelante, fiera, amenazadora, pidiendo pelea, en actitud de acometer.

El zaguero se defiende, Samperio ataca; todo su juego, su superioridad sobre todos los zagueros está ahí, en jugar atrás como Irún juega adelante, con una cualidad que nadie posee más que Samperio, arma de ataque con la cual se explica que haya podido ganar partidos durísimos, llevando de delanteros á pelotaris débiles: la bolea.

La bolea de Samperio no admite comparación con otra alguna, es la bolea legítima de medio brazo, una bolea de arriba, rápida, dura y nerviosa, mitad brazo y mitad muñeca, que manda baja la pelota á la pared y la hace pasar recta, paralela al suelo, por la cabeza de los contrarios.

Samperio no extiende por elevación, sus boleas son rasas, dan en el frontón un golpe seco y salen despedidas violentamente, dispa-

radas, con tal rapidez y con tal efecto, que no dan tiempo para colocarse al enemigo.

En ellas trabaja principalmente el antebrazo, por lo cual carecen de toda exterioridad, presentan desde luego un carácter original y extraño, y constituyen el medio de ataque más poderoso que existe en el juego de blé.

Todos los delanteros gritan á sus zagueros, ¡bolea!

Con Samperio ese grito es inútil, porque es su juego, su superioridad sobre todos. De tal manera ha llegado á dominar el jugador esa especialísima bolea, sabe servirse á ella y de ella con tan admirable maestría y oportunidad, vaya la pelota donde quiera y como quiera, que desprecia en absoluto el revés aire, no sabe lo que es, no quiere emplearlo nunca.

En los 14 y 15 cuadros, cuando la pelota viene arrimada, donde todos preparan el revés, arrodíllase Samperio, se incrusta materialmente en la pared de la izquierda y devuelve la pelota de mediobrazo, con enganche limpísimo, con un movimiento seco y rápido de muñeca que la lanza á la mitad del frontón,

de donde sale como una bala, con una fuerza inverosímil, llena de gas.

Como jugador delantero que ha sido, posee todos los recursos y los emplea discretamente, pero su arma principal, el terror de todos sus compañeros, lo que ha hecho á Samperio ocupar su puesto único en el pelotarismo actual, es la bolea, esa bolea, pequeña al parecer, que no revela los esfuerzos de la dificultad vencida, desprovista en absoluta de *pose*, bolea de honda, que basta por sí sola para haber hecho de Luis Samperio un zaguero sin rival.

Jugador que entra á la bolea, debe seguir á la pelota, anticiparse á ella, buscarla en todas partes y cubrir plaza con diligencia y oportunidad.

Samperio es de los que, como Irún y Muchacho, juegan con verdadera pasión, de los que sudan á chorros y se ponen verdes de bilis, ágil y resistente, siempre en su puesto, sugestionado por la lucha, en continua trepidación.

Posee, además, como zaguero, una cualidad inapreciable, dirige los partidos como no lo ha hecho nadie después de Mardura.

Cuando Samperio juega, su garganta trabaja tanto como el brazo. Grita constantemente, señala á su compañero el juego que debe hacer, la colocación que debe adoptar, las pelotas que debe dejarle, y ese avisar continuo tiene algo del halalí de la caza, enardece á quien juega con Luis, lo estimula, lo sostiene y da al partido animación extraordinaria.

Samperio no tiene hoy rival por tal concepto, y buena prueba de ello es que ha ganado partidos, llevando de delanteros á pelotaris á quienes ha derrotado fácilmente cuando jugaban luego contra él.

Después de reseñar las condiciones del pelotari y de haber narrado su historia, no me resta sino ocuparme de las cualidades del hombre, y esa es tarea breve y fácil.

Luis Samperio, ya lo he dicho antes, tiene, por herencia natural, toda la honradez, toda la caballerosidad de la raza eúskara.

Callado, tímido, franco y leal á toda prueba, dotado de modestia exquisita y propagador el más entusiasta de la habilidad de sus compañeros, es fuera del frontón el jugador más temeroso y desconfiado que he conocido.

Sus labios no pronuncian sino elogios para todos los pelotaris, su bondad raya muchas veces en inocencia, y donde quiera que haya ido, la admiración que ha despertado el jugador de pelota, ha corrido siempre parejas con la consideración y las simpatías que ha inspirado el hombre bien educado.

La nostalgia del juego le hace hoy sufrir horriblemente, y su más vehemente deseo es presentarse, completamente restablecido, ante el público madrileño y merecer sus sufragios en el frontón.

¡Que Dios le conceda pronto esa merced!

Yo lo deseo tanto como Luis Samperio, seguro, como lo estoy, de que habrá de justificar con creces los elogios que en este capítulo le dirige un entusiasta admirador.

Irún

Hace tres años.—En San Sebastián.—El coloso.—La obsesión irunense.—Irún y Racondo.—Biografía de Irún.—La miseria.—A Buenos Aires.—En Quilmez.—Irún pelotari.—Su figura.—La acometividad.—Sus cualidades en el juego.—Irún en Madrid.—Su superioridad.—Su conducta.—El único fallo.

Hace tres años, Juan José Gorostegui, Irún, era un pelotari de segundo orden, desigual, inquieto, aturdido, á quien volvía loco Malcorra, un jugador mediano que se inutilizó muy pronto, y del cual nadie se acuerda ya.

Marchóse Irún á Buenos Aires; jugó allí una temporada, y volvió á San Sebastián hecho un coloso.

Habíanse equilibrado sus facultades encauzando la fuerza terrible, el poder del brazo; el pelotari pisaba la plaza seguro y firme, como los espadas en los toros cuando toman el terre-

no de matar; pegaba mucho y pegaba bien, atacaba y se defendía, y traía una bolea, un látigo, tan duro, tan hermoso y tan elegante, que bastaba por sí solo á asegurar el éxito de un partido y á despertar el entusiasmo de todos los concurrentes.

La admiración que causó entonces Irún en *Jai-Alai,* no puede describirse. El pelotari se apoderó del público desde el primer instante, se hizo en el acto el jugador de moda, y desde el Urumea hasta el Bidasoa, desde el Urola hasta el Nervión, su nombre voló, repercutió, se extendió por Guipúzcoa y por Vizcaya, como algo extraordinario, algo fenomenal destinado á infiltrar nueva savia, á imprimir animación y vida insólitas al *sport* guipuzcoano.

Irún acá, Irún allá, Irún en las calles, Irún en los mercados, Irún en las plazas, Irún en las tertulias, Irún en los cafés, en todas partes Irún.

No había medio de evitar la obsesión irunense diaria, atroz, insoportable, que se había apoderado de todos, indoctos é inteligentes, al revelarse Juan José en San Sebastián como incomparable pelotari.

Jugaba entonces con Recondo, á quien llevaba de zaguero siempre, y se entendían ambos tan bien, había tal armonía entre la defensa y el ataque, formaban contraste tan atractivo el terrible ímpetu del delantero y la táctica vigorosa, sobria y brillante al mismo tiempo del jugador de atrás, que los dos parecían encerrar, en admirable conjunto, todo cuanto la lucha en los frontones tiene de noble, de viril y de bella en sus manifestaciones más variadas, en sus choques más enervantes.

Irún y Recondo constituían la pareja invencible. Elícegui, Portal, Beloqui, Mardura, el Manco de Villabona, Portal menor (Samperio no jugaba entonces por hallarse lastimado), delanteros, zagueros ó ambidextros, todos tenían que ceder ante el poder, la fiereza y la maestría de aquellos Erkmann-Chatrian de los frontones.

Enfermó del brazo Recondo, y la fortuna tornóse inconstante para Irún; pero cuando perdía un partido, lo mismo que cuando lo ganaba, veíasele siempre en la brecha, enérgico, arrojado, incansable, cubriendo él solo á veces la plaza entera, haciendo todos los jue-

gos, sin ceder jamás un punto de su ímpetu y de su valor.

Y bastaba su presencia para comunicar á los partidos insólito interés, enardecer los ánimos y elevar á su colmo el entusiasmo de todos los espectadores.

Madrid lo vió después, de paso, en cuatro partidos, y el efecto que produjo Juan José en la corte de España fué inmenso, á pesar del deplorable partido con que se inauguró el *Jai-Alai Madrileño.*

—Jamás—me decía él mismo—he visto un partido peor. Si mi adversario erraba tres pelotas, yo erraba cinco. No sabíamos dónde estabamos, no veíamos la pelota. ¡Qué público tan bueno! Si es en Buenos Aires, nos echan á puntapiés de la cancha.

La historia de Irún, como la de la mayoría de los pelotaris, es un poema: el poema de la miseria.

Sus padres eran pobres: ella limpiaba despojos en el Matadero de Irún; él cortaba leña en el monte. La lucha por la existencia se inició para Juan José en cuanto ésto pudo mover una herramienta.

Como Gayarre, empezó por golpear el hierro, fué herrero durante cinco años, trabajando mucho y comiendo poco. Los músculos del brazo derecho adquirieron así la consistencia del acero.

En 1885, el cólera arrebató á los padres de Irún, que tenía entonces diez y siete años. Amparóle una hermana suya, la única que tenía; pero contrajo matrimonio al poco tiempo, y marchóse con su marido á Tolosa, donde se estableció y reside actualmente.

La fortaleza del padre de Irún era extraordinaria. Atacado de los síntomas premonitorios del cólera, fué al monte cuatro ó cinco días seguidos y cortó leña; trabajó sin apurarle su estado.

Cuando, exhausto completamente de fuerzas, se rindió al terrible morbo, no hizo sino acostarse y morir en la miserable buhardilla de una posada.

El dueño de ella se apiadó de la situación en que Irún había quedado, sin padre, sin madre, á los diez y siete años de edad, con una hermana recién casada á quien quería entrañablemente, de la cual era correspondido y

cuyo matrimonio establecía entre ellos inevitable separación.

La República Argentina era entonces, tanto ó más que ahora, Jauja para los pobres. El posadero adelantó á Irún la cantidad indispensable para embarcarse en Burdeos. Juan José se embarcó y llegó á Buenos Aires con un duro.

En el muelle se echó el menguado equipaje al hombro y dió con su cuerpo en un café, el café de Bayona, y desde allí en una herrería, donde trabajó medio año, golpeando el yunque y muriéndose de hambre.

Quiso mejorar de estado, y salióle una contrata para Quilmez, población cercana á la capital. Había en aquel pueblo una fábrica de ladrillos donde se ocupaban obreros italianos, alemanes, españoles, en abigarrada promiscuidad de costumbres y de idiomas.

Irún amasó allí la arcilla, acarreó los ladrillos, en cuclillas á veces, metido otras en el fango hasta las corvas, en aquel establecimiento industrial donde reventaba el mozo, pero comía.

Quilmez poseía un trinquete, con cuyo dueño trabó amistades Juan José. Comenzó

por jugar á mano, cogió después la cesta, pagó más adelante un duro por hora para aprender á manejar el instrumento, y, entre miserias y decepciones de todo linaje que sería prolijo enumerar, dióse por fin á conocer como pelotari en Buenos Aires con suerte muy varia, hasta revelarse como extraordinario jugador que hoy admiran todos los públicos.

La figura de Irún dice enseguida lo que es su juego. De estatura regular, fornido, atlético, la cabeza se levanta entre los hombros como empujada por el vigor de los músculos; parece encajada entre ellos por un golpe de maza y se adelanta naturalmente en actitud de acometer.

La acometividad, eso es Irún. No entra á la pelota, la embiste; no pega solamente con el brazo, pega con la cintura, con la cabeza, con los hombros, clavando los pies en el suelo, recogiendo todo el busto, sin perder un átomo de fuerza.

Tiene el poder que castiga la pelota, el ojo que le hace servirse bien, la ligereza que le hace cubrir diez cuadros, la flexibilidad que le permite escorzarse, doblarse, caerse y levantarse como un *clown* cuando lo acosan en las dos pa-

redes; la resistencia, que le conserva fresco siempre; todas las cualidades, en fin, en que debe sobresalir el delantero.

Sus boleas rasas son formidables; sus boleas por elevación, elegantísimas. La pelota tiene, al dar en la pared, el estallido de un cohete, y silba como una bala cuando el pelotari la coge dentro y tira á rematar.

Es el jugador más limpio que conozco en la bolea. Encesta la pelota en la punta, sin ruido, sin detención, y la lanza con una gallardía, con un vigor, con elegancia incomparables.

Nadie puede admitir comparación con él en sus arranques, en esos momentos de ansiedad en que falla el jugador zaguero y hay que jugar el todo por el todo para igualar la lucha.

Juan José es entonces una locomotora en continua tropidación. Se le oye vibrar en una vaporización desordenada; va y viene adelante, en medio, atrás, afina su saque formidable, entra á todas las pelotas dislocándose el brazo, dando brincos como una fiera, y no hay zaguero que resista aquel látigo feroz, que acaba por matar la pelota adelante, ó enviarla fuera del frontón.

Lo he visto tomar, en un tanto admirable, siete boleas seguidas, tener en ellas la pelota en los diez cuadros, y acabar por mandarla á la tierra, entre las aclamaciones del público.

Su único fallo es el revés, fallo discutible, porque el revés es, por decirlo así, juego pasivo; sirve para defenderse, y Irún ha nacido para atacar. Si ganara en el revés, perdería en la bolea, y la bolea es y será siempre el arma más temible del gran jugador, cuyas excepcionales condiciones le han hecho uno de los más admirables pelotaris del día, y el que, en la actualidad, produce mayor entusiasmo en los frontones.

Quien apuesto por Irún puede tener la seguridad de que Juan José defenderá el dinero con alma y tesón, desde el primero hasta el último tanto, como cantidad propia, sin darse por vencido hasta el fin.

Con él no hay dudas; podrá un día venirle el santo de espaldas, medir mal la pelota, desconcertarse, errar; pero no faltará jamás el arranque supremo, ese tremendo cuarto de hora, la calentura del león, durante la cual asumirá él solo la responsabilidad de un par-

tido y sembrará el pánico en la plaza y se apoderará de sus adversarios con su resistencia incomparable, con su indomable energía, con su maravilloso poder.

Por eso tiene tantas simpatías, por eso posee tantos admiradores. Cuando pierde un partido, puede más en él el desconsuelo del dinero perdido á su favor que la mortificación del amor propio; lo que le interesa en primer término son las apuestas de sus devotos; lucha por ellas esforzadamente, con solicitud inagotable, con cariño fraternal.

En Madrid es, sin género de duda, el *lion* de los pelotaris modernos; ha obtenido y obtiene entusiastas ovaciones, tiene innumerables partidarios, y su superioridad sobre todos los demás jugadores delanteros es tan grande, que no admite comparación con ninguno de ellos.

Es de los pocos, de los poquísimos que juegan más que por el sueldo por el amor propio, celoso como nadie en la organización de un partido, en la elección de pelotas, en las condiciones del saque, buscando siempre las ventajas que puede obtener y peleando siempre

con ardimiento admirable, lo mismo en *Fiesta Alegre* que en *Jai-Alai*.

Su inmensa superioridad proviene de que para él los partidos no representan solamente las pesetas del premio, sino un deber que cumplir ante el público que tanto le distingue con sus simpatías.

Por este concepto, hay que decirlo muy alto, Irún es un pelotari á quien todos debieran imitar.

Si todos ellos observaran en la cancha la conducta de Juan José, no habría que deplorar tristes incidentes que ponen en grave peligro el porvenir del juego de pelota en la corte de España.

Las asperezas y los desplantes de Irún obedecen á un exagerado amor propio, si se quiere; pero vale más que provengan de la idea de su valer llevada al exceso, que de la indiferencia incalificable de otros, para quienes la dignidad del pelotari se amengua ante la avaricia del usurero.

El infortunado herrero, el obrero de Quilmez que amasaba el ladrillo, el paria de ayer, ha pasado de las galeras al falansterio.

Hoy es rico, tiene numerosos admiradores y divide su cariño entre su hermana, á quien adora, y una joven eibarrense, con la cual se unió hace un año en matrimonio.

Le sonríe, en fin, actualmente la fortuna, y es de esperar, por lo tanto, que no vuelva á conocer nunca sus *reveses* quien, como el gran pelotari, no tiene más fallo que el *revés*.

Muchacho

Berrobi y Montevideo.—El mote.—Beloqui y Muchacho.—Irún, Muchacho y Beloqui.—El pelotari hormiguillo.—La sátira y el chiste.—El jugador en Muchacho.—La nerviosidad.—Azogue puro.—El bote pronto.—Las condiciones del pelotari.—Sus defectos.—Los éxitos de Muchacho.—Menos gestos.

Un pelotari engendrado en Berrobi, al lado de Tolosa, y dado á luz en Montevideo. Si su celebridad aumenta y la estatuomanía cunde, habrá que fundirlo con un pié en Guipúzcoa y otro en el Uruguay.

Habla el vascuence con la pureza y facilidad de un *bazerritarra* (campesino), y el español con el dejo andrógino de los sudamericanos.

Proviene su mote de que, á los diez y siete años de edad, siendo un *muchacho,* jugaba á la pelota á mano limpia, con tanta habilidad, que vencía en Montevideo y Buenos Aires á los

más famosos jugadores indígenas, á Paysandú entre ellos.

Se llama Saturnino Echeverría, se educó en Tolosa, volvió al Uruguay y allí se hizo pelotari. Tiene veintidós años.

Cuando ví jugar por primera vez á Muchacho, el año pasado, en San Sebastián, recordé inmediatamente á Beloqui, el originalísimo pelotari de Villabona, que ocupa un lugar aparte en el *sport* guipuzcoano.

Las afinidades que existen entre los dos jugadores se explican fácilmente al saber que Beloqui fué el maestro de Muchacho, más que maestro, *inventor* del simpático pelotari, cuyas disposiciones descubrió Román cuando le vió jugar á mano en Buenos Aires, y cuya voluntad espoleó fraternalmente, con cariño sin igual.

Beloqui fué quien apartó á Muchacho del juego á mano limpia, y le aconsejó que empuñara la cesta. Hizo más: en cuanto llegó á Villabona de regreso de uno de sus viajes á Buenos Aires, mandó á Saturnino las mejores cestas de Ascain que pudo adquirir del famoso constructor Lacarra.

Muchacho comenzó á ensayar el nuevo juego, y se dió tanta mañana en él, que al volver Beloqui le encontró apesadumbrado y á dos pasos de abandonarlo completamente.

Animóle otra vez, levantó su abatido espíritu, trató de corregir los naturales defectos de la inexperiencia, y ayudando á la teoría con la práctica, solícito como un padre y terco como un profeta, consiguió su fin.

Muchacho adelantó rápidamente, y dos años después, á los diez y nueve de edad, tomó la alternativa peleando contra Irún con tal éxito, que formó inmediatamente entre los jugadores de primera.

Tal es la breve historia de Muchacho, de ese retoño de Beloqui, á quien se parece mucho, y de quien se diferencia igualmente.

Como Beloqui, carece de las líneas atléticas, del desarrollo muscular de Irún, de Elícegui y de Samperio, y, como Beloqui, tiene su cuerpo ese abandono innato, ondulante, atractivo, esa característica dejadez elegante y distinguida que hace de *Lagartijo*, en la plaza de toros, una figura incomparable.

La cabeza de Muchacho, como la de Beloqui,

cae hacia adelante y se mueve con blandura, á par de los hombros, á un lado y otro, en muelle zarandeo mixto de malicia y de resignación.

Donde Irún se yergue con vista de águila y zarpazo de tigre, Muchacho y Beloqui se doblan suavemente con la vista en el suelo.

Juan José es la fiera en libertad, amenazadora, terrible, recogida en su fuerza y olfateando la carne. Román y Saturnino van y vienen, lento y traidor el uno, como un chacal mirando de soslayo, presto á acometer cuando menos se piensa; corriendo sin cesar el otro, atrás, adelante, á derecha é izquierda, describiendo curvas, trazando diagonales, en un movimiento febril, incesante, de gamo retozón.

Beloqui hierve por dentro, con fuego oculto, cuyas llamaradas le abrasan sin que lo advierta nadie; sus estallidos son por eso tan imprevistos como ruidosos é imponentes.

Muchacho hierve por fuera; todos los poros de su cuerpo arrojan vapor; parece una locomotora cuesta abajo, con el regulador en banda, á una presión enorme; la máquina de Zola en el final de *La bête humaine*.

Es el jugador azogue, el pelotari hormigui-

llo, un histérico del frontón, en movimiento continuo, incapaz de dominar el torbellino de su sangre, hipnotizado por la pelota, exclamando jadeante "¡oh! ¡oh! ¡oh!„ cuando emprende fantástica carrera persiguiendo una pelota que no puede alcanzar; gritando desaforado "¡cancha! ¡cancha!„ (¡plaza! ¡plaza!) á sus compañeros ó á los jueces cuando corre tambaleándose, con la cabeza caída y las brazos abiertos, temeroso de que le roben el espacio; queriéndolo todo, entrando á todo, absorbiéndolo todo, resbalando aquí como un patinador, dando allí caídas de latiguillo, como los picadores en los toros; el baile de San Vito con cesta, el vértigo del juego, un atropellado bullir que regocija, atrae, conmueve y entusiasma, produce pena, causa risa, despierta simpatías y hace que estalle la admiración.

La cara del pelotari, una cara aniñada, fina, que los nervios golpean en los momentos de rabia con sacudimientos de muñeca de resorte, da al juego de Muchacho realce brillantísimo, un carácter infantil de mocete travieso, pendenciero, provocador, á quien se perdona todo, porque las travesuras son expansión natural

del temperamento, sin las consecuencias aviesas de la mala intención.

Entre Beloqui y Muchacho hay esa diferencia: Beloqui es la sátira, Muchacho es el chiste; aquél oculta la ponzoña y mata, éste muestra las garras y no hace más que arañar.

Con Román el público está en vilo; es un loco y sus locuras se incuban secretamente; por eso los adversarios del pelotari tienen siempre los ojos sobre él, desconfiados, apercibidos, alerta constantemente, temiendo las mortíferas sorpresas de la traición.

Con Saturnino no hay nada de eso; se le conoce de antemano, es una casa abierta, cuyo interior se descubre con suma facilidad.

Así es que, verle jugar una vez, es verle jugar siempre; es ver al luchador que da cuanto posee sin regatear, que apela á todos sus recursos, que gasta todas sus facultades, arrastrado por una nerviosidad ingénita, irremediablemente, fatalmente, por ley de naturaleza, que no por vano prurito de exhibición.

La influencia que los nervios ejercen sobre Muchacho es tan poderosa, tan absorbente, que diríase que vive fuera de la realidad en

cuanto pisa los frontones, enloquecido por la pelota cuando juega, en autosugestión perpetua, cuando muy raramente se decide á descansar.

Con el flúido nervioso que conserva en los descansos, le ví hacer el año pasado, en San Sebastián, lo siguiente: 1.º, dirigirse con ánimo resuelto hacia una silla para sentarse, y quedarse de pié; 2.º, coger inmediatamente la toalla para enjugarse el sudor, y dejarla de nuevo sin hacer de ella el menor uso; 3.º, pedir agua y coñac para refrescar la boca, tomar el vaso, dejarlo incontinenti y marcharse al frontón sin mojarse los labios. ¡Y todo esto en medio minuto!

Es un hombre así, víctima de su temperamento, como Beloqui, que vive en continuo estallido, con el estrépito de los manojos de cohetes que sirven de final á las funciones de pirotecnia.

Dicen que, cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas. Muchacho tiene también algo de eso: de él puede decirse que, cuando no tiene qué hacer, espanta mosquitos con la cesta.

Y, en efecto, hasta para sacar necesita sacudir hacia atrás el instrumento, una y dos veces, en los instantes que median entre el aviso y el bote.

Cuando se sienta, parece que el asiento tiene puntas de París; cuando se levanta, diríase que el suelo arde; así es que anda siempre sesgando, al biés, en un eterno desconocimiento de la línea recta.

El hombre es como el jugador: habla sacudiendo las frases, vivamente, á saltos, con los ojos entornados, con la sonrisa en la boca y la picardía en el rostro.

Su boina no está quieta jamás: una mano febril la mueve y zarandea incesantemente, y tan pronto cae sobre los ojos como sobre las orejas ó la nuca, mientras se balancea el cuerpo y se agitan las piernas y las manos.

Por eso los defectos del pelotari son exceso de sus buenas cualidades, dimanan del *trop de zéle* de Talleyrand.

Esclavo de su naturaleza, Muchacho entra demasiado, anda demasiado, se prodiga con exceso, despilfarra sus fuerzas y se fatiga, envuelto en ese delirio de hacerlo todo que le obliga.

á despreciar los intereses y á mantenerse siempre del capital.

Como la debilidad de Beloqui es la dejada, la de Muchacho es el bote pronto, anticiparse al bote, cortando su desarrollo natural, atrasar el brazo y enganchar rápidamente la pelota, dando á la cesta un movimiento de cuchareo.

La dejada de Beloqui es un resultado, obedece á un plan; el bote pronto de Muchacho es un fin, es el prurito de coger la pelota, aunque no vaya colocada, aunque tenga tiempo de alcanzarla el zaguero.

La cuestión es entrar, entrar siempre á tontas y á locas, seguir á la pelota como un sabueso, desquiciado, mareado, medio loco, en aquella embriaguez del juego que hace olvidar á Muchacho cuanto existe á su alrededor.

Tiene condiciones admirables: vista, agilidad, unas piernas inverosímiles, las más ligeras que he visto después de las del Chiquito de Eibar, bastante brazo y gran muñequeo.

Su desesperación es el saque.

—No sé sacar—me ha dicho varias veces;—mi saque es saque de mujer, un saque marica. Hago lo posible para mejorarlo y no puedo

conseguirlo; en cuanto veo el bote me asusto.

Es verdad: sus saques son entre punta y remonte, saques cruzados, claros y nobles en general; y se observa que, cuando afina uno y gana, el siguiente queda corto y le hace perder.

Es el principal defecto de su juego; porque, aun juzgando como tal el exceso de sus entradas, el defecto resulta, en mi concepto, leve.

El jugador de adelante debe más bien pecar de excesivo que de reservado; todo lo que sea entrar al aire es dar descanso al zaguero y colocar el tanto en condiciones de normalidad.

Lo que precisa en este caso es, ante todo, la resistencia, según sucede con Irún, y como Muchacho carece de ella para soportar un juego violento, hay notable desequilibrio entre sus facultades y su voluntad.

Pero estos defectos son nada al lado de las brillantes cualidades que acabo de apuntar. El juego de Muchacho es un juego pasional, con un ardor de vida, con una intensidad de luz que hacen presa en el público.

No habrá uno, lo mismo en España que en América, que deje de sufrir la influencia que

ejerce sobre los nervios ajenos la propia nerviosidad del jugador.

Aquel ánimo tan decidido, aquel impetuoso ardor, aquel bullir valiente, aquel derroche de fuerza, de ingenio y de recursos, de piernas, de brazo y de sudor, aquel entregarse á discreción á una naturaleza dislocada para alcanzar victoria; todo el cuerpo, toda el alma, todos los nervios, toda la sangre corriendo á borbotones por el frontón, abrasan al espectador como una lava, lo enervan, lo atraen, lo seducen, lo conmueven y lo entusiasman.

Pelotari que no se reserva nunca, la prodigalidad con que se entrega al juego y el coraje y la astucia con que suple á la cantidad de fuerzas, son sobrados alicientes para que su *estilo,* ayudado por una figura de niño retozón, simpática y elegante, alcance todos los sufragios, despierte la admiración y promueva ovaciones, tan grandes como merecidas, en todos los frontones.

Pierde partidos en los cuales se le aplaude más que á los ganancioso, y es justicia. Muchacho no tiene más que un ideal, el público: ¡todo por él, todo para él, sobre todo si domina

entre los espectadores el eterno femenino! Lo demás, rencillas entre compañeros, desplantes, ira, pesadumbre, nada de eso existe para él.

Que gane, que pierda, está siempre contento si le han aplaudido y sabe que el público lo está. Terminado el partido, el jugador queda en el frontón; fuera de él no hay más que el hombre, un hombre con la conciencia tranquila porque ha dado de sí cuanto podía dar.

Si, dentro de sus condiciones de jugador, gesticulase un poquito menos, no habría que pedirle nada más.

Tandilero

Una carta de Samperio.—Muchacho y Tandilero en San Sebastián. Historia de Echeverría.—La herencia natural.—La yunta americana.—La figura de Tandilero.—El flaco de la resistencia.—Las condiciones del pelotari.—Tandilero adelante.—Suma de cualidades.—La celebridad.

Luis Samperio, á quien la prensa de Buenos Aires llama "el zaguero insuperable„, me escribió á fines del año 1890, en cuanto llegó á la capital de la República Argentina, una carta, en la cual había un párrafo concebido, poco más ó menos, en los términos siguientes:

—Al llegar aquí, me encontré con dos jugadores zagueros que me han asustado: Tandilero y Larralde. No valgo nada al lado de ellos...

Conozco, como pocos quizá, la modestia, la discreción y la belleza de alma de Samperio; y cuanto á su maravillosa habilidad de pelo-

tari, esa la conocen y saben apreciarla mejor que nadie sus compañeros, que *nemine discrepante,* le proclaman el zaguero más fuerte, más mañoso y más elegante que existe en la actualidad.

Para que Tandilero y Larralde asustasen á Samperio era, pues, preciso que ambos reunieran condiciones excepcionales de todo punto, una maestría sin igual; maestría tanto más notable, en lo que atañía á Tandilero, cuanto indicaba repentina adquisición, dadas la edad y el nombre, escasa aquélla é insignificante éste, que tenía Pedro Echeverría al marcharse á jugar por primera vez á Buenos Aires, hace dos años.

Cuando terminó, en Mayo de 1891, la temporada de verano en aquella capital, vinieron á España dos jugadores que conocíamos todos: Irún y Portal, y cuatro que nos eran desconocidos como pelotaris de primera: Muchacho, Tandilero, Pasieguito y Larralde.

De estos cuatro se contaban maravillas. Samperio me hablaba también en términos entusiastas de Muchacho, en la carta que he citado antes, y, con respecto á Pasieguito, díjome

Irún que nadie manejaba la cesta como él, añadiendo, para probar su aserto, que enganchaba de bote pronto la pelota y la mandaba á buena desde los 10 y los 12 cuadros.

Desgraciadamente, Pasieguito y Larralde venían con el brazo caído, á consecuencia de la rudísima campaña de Buenos Aires. Quedaba, pues, sólo Tandilero, como jugador de atrás, cuando D. Cándido Lara escrituró para inaugurar el frontón de Madrid, en Junio del año pasado, á los cuatro pelotaris que dejaron entonces en España tan gratos recuerdos.

Los ví jugar juntos en San Sebastián á fines de Julio. Irún y Portal—ya lo he dicho antes—eran antiguos conocidos; la novedad estaba en Tandilero y Muchacho, en el primero, sobre todo, para mí, en vista de los informes de Samperio.

Muchacho venció inmediatamente; su *debut* fué brillantísimo y le captó las simpatías de todos los aficionados.

Tandilero no fué tan feliz; comenzó flojo, huyendo de la bolea, no castigando, no extendiendo, no colocando, frío, sin sangre, abandonando el juego por no molestarse en correr,

esperando buenamente la pelota, sin anticiparse á ella buscándola con afán. Trajo pelotas difíciles, dió buenos reveses aire y perdió los cuatro ó cinco primeros partidos.

Me acordé de la carta de Samperio, seguro de que éste no me engañaba, y esperé. No tuve por qué arrepentirme; un boceto literario de Pedro Echeverría, escrito bajo la influencia de las primeras impresiones, hubiera sido prematuro desde luego, é injusto además.

Hay jugadores como Elícegui, Muchacho, Portal, Irún, el Manco, á quienes se conoce pronto, y otros, como Beloqui, Samperio, Gamborena, que hay que estudiar detenidamente, en una serie de partidos, para apreciarlos en todo su valor. Tandilero es de éstos.

Sus compañeros le llaman generalmente Tandil, nombre de una población cercana de Buenos Aires, donde los padres de Echeverría, guipuzcoanos ambos, se hallaban establecidos, cuando nació, el 13 de Julio de 1871, el renombrado pelotari.

La herencia natural hizo jugador á Tandilero. Un tío suyo, Ignacio Echeverría, hermano de su padre, llamó la atención extraor-

dinariamente, hace treinta años, como pelotari de poderosa inteligencia, maestro en todos los juegos, trinquete, largo, rebote, blé, en los cuales lució su habilidad con unánime aplauso (1).

Todos conocemos por aquí y hemos aplaudido muchas veces al padre de Tandilero, Tomás Echeverría, gran trinquetista, poco menos que invencible, y gran remontista también, jugador nervioso, lleno de sangre, listo, hábil, intencionado, empeñoso y fuerte, que echaba el alma en los partidos y embestía á la pelota como un toro, lo mismo cuando apostaba cantidad crecida que cuando jugaba un cigarrillo de papel.

Hace algunos meses que desafió á trinquete á los dos mejores franceses que se presentaran, y nadie, hasta ahora, ha aceptado el reto de Tomás.

Cuando volvió de la América del Sur con su familia, construyó en Irún un trinquete, donde vive aún y residen durante el verano Muchacho y Tandilero.

---

(1) Véase en el capítulo *Echalle*, los famosos partidos que ganó éste á Ocón en Pamplona.

Pedrito—que así se llamaba entonces y llaman hoy muchos á Tandil—estudió con gran aprovechamiento la carrera de comercio, durante cuatro años, en el colegio de San Luis, de Irún, y obtuvo la nota de sobresaliente en Bilbao en las tres asignaturas que le exigieron para ingresar en aquella Escuela de comercio.

Todo esto no impedía al futuro Tandilero seguir con gran atención á los jugadores de pelota que lucían su habilidad en el trinquete de su padre, y cantar, con clarísima y robusta voz que deleitaba al público, los quinces de los partidos.

De cantar quinces á empuñar el guante y jugar, había muy pocos pasos. Comenzó Pedrito á jugar bajo la dirección de su padre, y tal maña se dió y realizó tales progresos, que no tenía sino trece años cuando tomó la alternativa, con los mejores trinquetistas, en la cancha paterna.

El furor pelotístico de Buenos Aires hizo á Tandilero cambiar el guante por la cesta. Tenía muchísimo adelantado con ser desde luego buen jugador de trinquete; así es que cuando pasó, en 1887, á ejercitarse con la chistera en

el Jai-Alai de San Sebastián, fuéronle suficientes cuatro meses y medio para adquirir una seguridad que llamó enseguida la atención del encargado de las canchas bonaerenses para la contrata de pelotaris, el cual escrituró inmediatamente á Echeverría y se lo llevó á Buenos Aires.

Tal es la historia de Tandilero, del inseparable compañero de Muchacho, con el cual forma una pareja admirable, "la yunta americana„, como los llaman á los dos en Buenos Aires, donde se abusa, por lo que se ve, del eufemismo.

Y, en verdad, es difícil hallar dos pelotaris que se unan tan bien, y tan bien se entiendan y formen tan atractivo contraste. Recuerdan ambos á Mardura y Baltasar, á Elícegui y Samperio, y á Recondo é Irún, tres parejas superiores, en las cuales se realizaba el ideal de la lucha moderna: la perfecta inteligencia entre el zaguero y el delantero.

Hay, sin embargo, en Muchacho y Tandilero una circunstancia notable, que por sí sola forma un aliciente original: el contraste de los caracteres, doble contraste, puesto que existe previamente el de los juegos.

Ya he dicho en el capítulo anterior lo que es Muchacho: un azogue. Tandilero es lo contrario: la calma, el sosiego, la imperturbabilidad.

Muchacho sigue á la pelota como un lebrel; Tandilero la espera, como el árabe espera al enemigo, sentado en los umbrales de su tienda.

Aquél es el aturdimiento, éste la reflexión. La herencia natural se ha bifurcado por la línea paterna, y el hijo es, por el movimiento de la sangre y la viveza de los nervios, la antítesis del padre.

No se ha caído nunca en el frontón, y, el año pasado, decíame con su reposo habitual:

—He solido jugar en Buenos Aires cinco partidos con un par de alpargatas.

—¡Lo creo!—le contesté, y contestarán seguramente todos los que se fijen en el modo de jugar de Tandilero.

Alto, no muy grueso, con largas extremidades, poco busto y una cabeza diminuta, la cara se congestiona á los comienzos del partido y da á la figura del pelotari, rígida y desproporcionada, aspecto de disco rojo de estación, mientras su continente aniñado lo hace semejarse

á un inglés adolescente, tímido, ruboroso, á quien acaba de imponer severo correctivo.

Su largo brazo es palanca formidable, y la inteligencia excepcional de Tandilero proviene de un cálculo matemático: defender á todo trance el flaco de la resistencia.

Este es su defecto capital; defecto inevitable, que previene de la escasez de años y de la complexion del célebre pelotari. Todo el empeño de Pedro Echeverría es, por lo tanto, equilibrar el gasto de fuerzas que representa un partido; así es que, donde Muchacho desprecia los intereses y juega siempre con el capital, Tandilero emplea los intereses y no arriesga el capital sino en los trances apurados.

Sabe que correr es cansarse, y corre poco; sabe que dar de arriba, de sobre brazo, es gastar la articulación y exponerse á una desgracia, y da de costado, empleando su tremenda palanca, y haciendo uso de la fuerza muscular; avisa poco al delantero, y á veces tarde, y hay en su *estilo* una helada corrección, la tiesura del diplomático, el método experimental aplicado á la pelota, la ciencia en el frontón.

Tiene Tandilero vista de lince para levan-

tar los saques, lo mismo los cruzados, por violentos que sean, que los de pared ancha, que son temibles por el efecto que lleva la pelota; tiene admirable muñequeo, que le permite mandar á buena la pelota, medio remontada, desde los últimos cuadros; castiga terriblemente de revés y de bolea; maneja la cesta con gran ductilidad; rectifica en dos segundos una postura para servirse mejor; posee una seguridad extraordinaria para esperar la pelota y engancharla de revés aire cuando va pegada á la pared; cruza el juego con singular destreza, extiende mucho por elevación y coloca magistralmente.

Su gran inteligencia y su pasmosa serenidad se revelan sobre todo en los momentos en que las violencias de la lucha hacen atrasarse al delantero para defender con la bolea, atrás, al zaguero que ha tenido que adelantarse. En esos instantes, Tandilero, que desde la zaga domina la situación, viene á los seis cuadros, pide á su delantero la pelota, y, con un zarpazo olímpico, la corta sobre la raya, donde nadie la puede recoger. Es tanto seguro; cuantas veces ha ejecutado en Jai-Alai esa jugada

maestra, recuerdo de las de Mardura en sus buenos tiempos, se ha apuntado un tanto Tandilero y ha recibido una ovación.

Y en toda esa suma de cualidades que colocan á Tandilero entre los primeros zagueros del día, no se ve jamás el esfuerzo, no hay en él contracciones violentas, escorzos inverosímiles; es un juego gris, opaco, sometido á la razón pura, si vale decirlo, y que por esa misma causa produce mayor efecto.

Sostener, como lo ha sostenido Tandilero, el juego terrible, abrumador de Irún y de Portal sin resentirse en lo más mínimo, es hacer de Pedro Echeverría su mayor elogio.

Si, cuando entra en juego, le han vencido, ha sido por la resistencia, no por la habilidad. Es un jugador tierno y tiene que ceder á las largas; pero, aun cediendo, se le ha visto y verá muchas veces ser el héroe del partido y conquistar más palmas que el mismo vencedor.

Un pelotari, en resumen, que conoce su principal flaco y lo defiende brillantemente con la copia de grandes cualidades que antes he apuntado, es jugador de primer orden, acreedor á todos los encomios, á quien el público de Ma-

drid aprecia mucho y aplaude con entusiasmo, y que tiene muy bien ganada su celebridad.

Lo mismo en *Jai-Alai* que en *Fiesta Alegre*, Tandilero es considerado como jugador serio, y con el cual se puede contar, y quizá sea, entre todos los zagueros de primera, aquel en quien el público tiene más confianza y admira sin reservas, lo cual es el mayor elogio que puede hacerse del famoso pelotari.

Gamborena

Hace cuatro años.—Idilio.—Ensayos en Rentería.—Aprendiz de zapatero.—Locura por la pelota.—Aparición de Shoshua. Shoshua y Gayarre.—La protección de Shoshua.—La figura de Gamborena.—El pelotari.—La fuerza.—Teoría.—Un partido en Madrid.—La confianza del público.—Opinión de un pelotari.—Vuelta al idilio.—¡Aquí ni tampoco seis cuartos!

Hace cuatro años, cuando se jugaba en Rentería algún gran partido de pelota en el cual actuaba como principal figura Vicente Elícegui, orgullo del renteriano frontón, veíase encaramado en lo alto de las últimas barreras á un chiquillo delgaducho, pequeño de estatura, desgalichado y feo.

Vestido pobremente, con blusa azul desteñida y sucia, rotas las alpargatas, cubierta la cabeza con mugrienta boina echada hacia atrás, por la cual salía una maraña de pelos negra y lacia, el mocete aquél seguía todas las peri-

pecias del partido, clavada la vista en la pelota, moviendo la cabeza á un lado y otro, abierta la boca, los ojos espantados, conteniendo la respiración, en una tensión nerviosa de todo el cuerpo que cedía solamente cuando, al final de tantos muy reñidos, estallaban los aplausos y recibían los pelotaris una ovación.

De vez en cuando una pelota mal dirigida elevábase demasiado, rebasaba la altura del frontón é iba á caer fuera de la plaza.

El chiquillo se deslizaba entonces por las barreras, corría desalado en busca de la pelota, y, en cuanto la encontraba, devolvíala inmediatamente al frontón.

Elicegui lo había colocado allí para traer las pelotas extraviadas, y, al terminarse el partido, recompensaba al mozuelo con dos perros grandes, veinte céntimos, que él aceptaba lleno de gozo, como preciado capital.

Era pobre, muy pobre. Levantábase al rayar el alba y pasaba los días en el campo, al cuidado de unas vacas que veía pacer, echado sobre la hierba, envuelto en el rocío de la tierra que le humedecía el cuerpo y bañado por el rocío de la juventud que le refrescaba el alma.

Soñaba en la pelota; veía jugar á Elícegui y á Samperio, escuchaba los aplausos que arrancaban los dos famosos pelotaris, veíalos marcharse á Buenos Aires, contratados por cantidades que él juzgaba fabulosas; y poco á poco sentía despertarse la ambición, germinaba en el chiquillo la idea de dedicarse á la pelota, de aprender, de ganar dinero, de romper la tiranía de la pobreza que le tenía atado á las vacas, como un esclavo.

Conocía la historia de los pelotaris, las miserias del Manco, de Portal, de Irún, los comienzos duros, las hambres pasadas antes de la celebridad.

¿Por qué no había de probar fortuna?

Se veía pequeño, flacucho, detenido en el desarrollo físico como fruto malogrado, pero sentía el impulso de la voluntad y de la energía, una voz interior que le gritaba ¡adelante!

Agenciόse una *chistera* y comenzó á ensayar. Guardar las vacas le ocupaba todo el día.

Cambió de ocupación y consiguió mejorar su suerte: se hizo aprendiz de zapatero.

Ya tenía más tiempo para pelotear en el frontón. Jugó como un desesperado, solo, en-

tregado á su instinto, en un vértigo de entusiasmo que lo dominó como una locura y hubiese quebrantado cualquier otro temperamento menos enérgico que el suyo.

Al cabo de algún tiempo vióle un hombre jugar, quedó maravillado ante las aptitudes que adivinó en el mozuelo, lo llamó, fué con él á su casa y habló á la madre.

—¿Por qué no dedica Vd. á este chico á pelotari?

—¿A pelotari?—contestó ella—Mírele Vd.; parece una lombriz, no tiene fuerzas. Buen vino y buenas chuletas le hacen falta para jugar. Si hubiera alguien que se las diese...

—¿Le dejaría Vd. que se encargara de él?

—¡Ya lo creo! ¿Pero donde está ese hombre?

—Aquí.

—¿Usted?

—Sí, señora, yo. Desde ahora corre de mi cuenta.

Y se llevó á su casa al chico.

Ese hombre se llamaba José Antonio Loinaz, tipo popular en San Sebastián, en Rentería y en toda la comarca, donde todos le conocen por el apodo de Shoshua (El Tordo).

Es Shoshua la encarnación del aldeano taimado y socarrón, maestro en gramática parda, un hombre alto, muy delgado, con la boca siempre sonriente, listo, astuto y simpático, y que habla el castellano de un modo encantador.

Quería en cierta ocasión que se jugara un partido con Gamborena en las siguientes condiciones: el jugador delantero contrario había de pesar necesariamente lo mismo que Gamborena, quedando el zaguero de libre elección como habilidad y como kilos.

Preguntándole yo — haciéndome de nuevas—de qué modo y en qué condiciones quería concertar el partido, me dió Shoshua esta contestación, tan concisa como clara.

—Piso como primero. La demás, como quieres, si quieres.

En otra ocasión fué Gayarre á Rentería el día de la Magdalena, patrona del lugar.

—Shoshua—le dijo uno, presentándole al inolvidable tenor;—aquí tienes á Julian Gayarre, el famoso cantante.

—¿Gayarre?—dijo Shoshua, mirando al artista sin sorpresa alguna.

Y después de contemplarle detenidamente, alzóse de hombros y dijo:

—¡Bueno, bueno!

—Este es el que gana seis mil pesetas cada noche, por cantar en el teatro,—añadió un tercero, mortificado por la olímpica indiferencia de Shoshua.

Al oir aquello, fijóse el hombre en Julián como en un bicho raro, y preguntó:

—¿Dónde seis mil pesetas?

—En Madrid, en París, en Milán, en todas partes—le contestaron.

Y Shoshua, entonces, mirándole de hito en hito, y con acento de desprecio soberano, dijo al gran tenor:

—¡Aquí ni tampoco seis cuartos!...

Me parece estar oyendo todavía las carcajadas del pobre Gayarre.

Tal es el padre putativo del pobre y encanijado chiquillo de Rentería, del guardador de vacas y aprendiz de zapatero, de Victoriano Gamborena; tal es el hombre previsor, honrado y generoso, á quien debe su carrera y su fama actual el maravilloso pelotari.

José Antonio Loinaz tomó desde aquel

instante á su cargo á Gamborena, le dió de comer y de beber, cuidó de él como de un hijo, y, algún tiempo después, cuando el mal trazado mocete se presentó por vez primera en el *Jai-Alai* de San Sebastián, hubo un aficionado á quien yo no debo elogiar, porque se llama Javier Peña y Goñi, que completó la obra de Shoshua y de quien, no hace muchos días, me decía con los ojos húmedos Gamborena:

— He tenido dos padres: Shoshua y don Javier.

Esta es la historia del admirable pelotari que ha venido á completar, con Elícegui y Samperio, la trinidad renteriana.

Lo que llama la atención desde luego en Gamborena, es su figura, que se diferencia completamente de todas las de sus compañeros.

El arrapiezo á quien Elícegui daba en Rentería 20 céntimos por recoger las pelotas que caían fuera del frontón, es hoy casi el mismo de antes.

Desmadejado en el andar, con la cabeza puntiaguda, pequeña y huesosa la cara, con unas orejas enormes, la boca grande, gorda y roma la nariz, cortos el busto y las extremida-

des inferiores, Gamborena es un tipo desequilibrado, inarmónico, lleno de rigideces, incompatible con la esbeltez, refractario en absoluto á la elegancia.

La gimnasia de la pelota ha ensanchado un poco el cuerpo y comunicado al rostro sano color, los músculos se han endurecido, adquiriendo á la vez la flexibilidad de los grandes tendones; pero la naturaleza de Victoriano, estancada en su desarrollo físico, ha deprimido la figura, dejándole en una pobreza reñida de todo en todo con la opulencia de formas, con la plasticidad atlética que parecen traer consigo las luchas del frontón.

Lo asombroso en Gamborena es precisamente la suma de habilidad, los prodigios de maestría que tiene que ostentar el pelotari para hallar en ellas un desquite á las deficiencias físicas.

No conozco en la actualidad pelotari de cesta, á blé, más completo que Victoriano Gamborena, y desafío á que se me cite uno, uno tan solo, que le iguale en condiciones.

Sabe atacar como ninguno, sabe defenderse como nadie. La pelota no tiene secretos para él,

lo mismo en el juego delantero que en el de atrás.

Adelante, las pelotas que lanza tienen veneno, corta sobre la raya en matemática precisión, entra de revés aire con un brío y una eficacia excepcionales, tanto mayores cuanto va más castigada la pelota, engancha los botes prontos de sobrebrazo, derecho, escorzado, al salto, con un muñequeo maravilloso; busca la pelota en todas partes, y ejecuta todos los juegos.

Como zaguero tiene cualidades inapreciables: la de entrar de bolea, de bolea de verdad, de bolea de sobrebrazo, á la mayor parte de las pelotas, lo cual le permite castigarlas y privar al contrario de preparación; la de extender por elevación, cruzando la pelota, "trabándola„, á fin de quitar la bolea al delantero contrario, la de dirigir al suyo marcándole el juego que debe hacer; la de cubrir plaza con una actividad incansable, corriendo todos los cuadros y rematando los tantos adelante, cuando la colocación del enemigo se lo permite á veces.

El sobrebrazo ó bolea de arriba, el medio brazo, la bolea de costado, el sotamano, el boti-

bolea, el revés, el revés aire, el remonte (que emplea poquísimas veces), los botes prontos, las cortadas, las rasas, las dos paredes, la vista, la agilidad, la resistencia, todo, todo lo posee este asombroso pelotari que tiene algo de murciélago, de rata y de sacristán.

¿Y la fuerza? Vamos á la fuerza, condición *sine qua non* para todo jugador de pelota.

La fuerza intrínseca, la fuerza por sí sola, no representa nada en el pelotari, como la voz en bruto no representa nada en el cantante.

La fuerza verdadera en el pelotari está en el equilibrio de facultades, es la inteligencia directora, la suma de todas las cualidades, de todas las aptitudes, de todos los impulsos concurriendo á un fin común.

En la pelota, extender es mucho, colocar es todo. Beloqui apoderándose, hace dos años, de Irún en los primeros cuadros, echándole la pelota floja á la pared de la izquierda para atacar al enemigo por su flaco, el revés, representa más fuerza que Chitivar enganchando de revés la pelota y mandándola á quince cuadros.

En el impulso brutal del brazo hay algo del Hércules de feria; ese es el hombre. En el

manejo de la cesta, en la habilidad para lanzar la pelota á determinado sitio con un fin premeditado, está el jugador: ese es el artista.

Gamborena tiene fuerza suficiente para compensar sobradamente con la eficacia de la colocación las debilidades para extender brutalmente la pelota á que le condena su complexión física, lo cual no le impidió, hace pocos meses, el 27 de Abril último, en un partido que jugó con Salazar, contra Araquistain y Sarasúa, enganchar de resto, valiéndose del revés, un saque vivísimo de *Aya* y echar la pelota á la última pared donde dió reboto.

Ningún jugador, sin exceptuar los de primera, ha hecho cosa igual en el frontón de Lara, ni yo he visto resto semejante en ningún frontón.

En el partido citado se vió á Gamborena jugar él solo contra tres enemigos, siendo el peor su compañero Salazar que, falto de fuerzas, entregando la pelota, pifiando y haciendo faltas á cada instante, parecía empeñado en destruir con sus torpezas los portentos de habilidad de Victoriano.

Y á pesar de eso, pusiéronse á cuarenta y

nueve iguales, jugaron al tanto el partido, y perdiólo Salazar, por haberle caído en la espalda una pelota servida en los cuatro cuadros.

Allí pudo verse á Gamborena desarrollar sus maravillosos juegos, ser delantero y zaguero á la vez, rematar atrás, adelante y en los huecos, estar él solo en todas partes, enganchar las pelotas más difíciles, extender, colocar, buscar todas las astucias, apelar á todas las triquiñuelas para contrarrestar el terrible juego que le hacían Araquistain y Sarasúa, y salir vencido por inconcebible descuido de Salazar; vencido materialmente, pero victorioso, triunfante como jugador, en medio de ovaciones frenéticas que duraron todo el partido y dieron margen á un espectáculo nunca visto en el *Jai-Alai* de Madrid.

Hay pocos, muy pocos que defiendan el dinero del público como lo defiende Gamborena; pocos, muy pocos, que se entreguen á la pelota como se entrega él, incansable, apasionado, sugestionado por la lucha, con una energía de hierro, listo como una ardilla, ágil como una liebre, astuto como una zorra, fiero como un león.

Tendrá, como todos, días desgraciados, días en que las pelotas de los contrarios se pegan como liga á la pared y se escapan de la cesta, en que las jugadas se piensan bien y salen mal, en que se yerra en pelotas servidas y se calculan las distancias erróneamente; días en que el brazo está duro ó flojo y no se entra en juego; pero aun en esos partidos de infortunio en que la suerte vuelve á un pelotari las espaldas, no se verá jamás á Gamborena entregado á discreción, luchará como pueda y aparecerá siempre, en momentos dados, la admirable maestría del jugador.

En cambio, cuantas veces lleve Victoriano por compañero un pelotari que cubra su puesto discretamente, dará cuanto tiene, hará cuanto sabe y, ganancioso ó vencido, quedará siempre en óptimo lugar.

La confianza que en Gamborena tiene el público, se demuestra con solo decir que, allá donde juega, sale siempre la traviesa á su favor.

Esto ha sucedido recientemente en el frontón de Lara, donde el pelotari renteriano cuenta con innumerables devotos, admirado-

res entusiastas, entre los cuales figuran, en primer término, los propios compañeros del célebre jugador.

—¡Qué revés aire tan limpio y tan fuerte tiene Gamborena en el juego de adelante!—decía yo hace días á Araquistain en el *Jai-Alai de Madrid,* mientras se jugaba un partido.

—¿Revés aire? Y todo, absolutamente todo, lo tiene ese mejor que nadie—me contestó Araquistain.

No es sólo Araquistain quien tiene esa opinión tan optimista acerca del mérito del pelotari renteriano. A muchos aficionados de San Sebastián y de Madrid, y á pelotaris de gran fama, he oído expresarse en los mismos términos encomiásticos, prueba evidente de que las condiciones que ostenta en el moderno juego de pelota el ahijado de Shoshua son verdaderamente extraordinarias y tienen que llamar singularmente la atención del público.

Gamborena es hoy un niño de diecinueve años, á quien se le podrían dar catorce lo mismo que treinta, un niño en toda la extensión de la palabra, guipuzcoano hasta la médula de los

huesos, bueno y sencillo, aldeano de la cabeza á los pies.

Dos veces se ha marchado de Madrid, en otoño y en primavera, escapado, ó poco menos, presa de inmensa nostalgia.

Los aplausos de la corte, los halagos del público, el ruido y la algazara del frontón de Alfonso XII, el dinero, las ovaciones; nada ha podido con el desatinado afecto que los guipuzcoanos sentimos por el país.

La celebridad no le engríe, envuelve al jugador sin tocar al hombre. Y cuando torna Victoriano á Renteríá y abraza á su madre y á Shoshua, su protector, y ve los árboles y los maizales del pueblo, y el río Oyarzun, un riachuelo sin pretensiones que se pierde modestamente, sin ruido, allá en la bahía de Pasajes, revive entonces el aldeano en Gamborena, y el silencio del campo y la quietud del hogar aparecen más hermosos, tienen encantos mayores, después de las agitaciones y del estrépito de Madrid.

¡Quién sabe si, perdido en aquellos instantes en inconsciente ensueño, echa de menos los tiempos en que era pobre, en que se levanta-

ba al rayar la aurora y pasaba los días en el campo, envuelto en el rocío de la tierra que le humedecía el cuerpo, bañado por el rocío de la primera juventud que le refrescaba el alma!

¡Gamborena poeta! ¡Gamborena nostálgico en Madrid, suspirando como Horacio: *¡O rus! ¡Quando ego te aspiciam!* ¡Oh campo! ¡Cuándo volveré á verte!

Afortunadamente, Shoshua estará allí para despertar al chiquillo y arrancarlo de la verde hierba, diciéndole como dijo á Gayarre:

—¡Aquí ni tampoco seis cuartos!

El Chiquito de Abando

Un niño mimado.—Piano de una tecla.—El Chiquito de Abando en Madrid.—El revés.—Sus afectos.—La figura del Chiquito.—Sin historia.—El juego del Chiquito de Abando.—El revés aire.—El tranquillo y sus consecuencias.—El pelotari en El Chiquito.—Sus éxitos.—El hombre y su porvenir.—El mayor elogio.

El niño mimado del *Jai-Alai Madrileño,* el pelotari que tiene indudablemente más devotos en Madrid y más padrinos en la prensa.

No ha cumplido aún dieciseis años, y hace á esa edad lo que la mayoría de sus compañeros no ha hecho, ni aun intentado quizá, en el apogeo de la fuerza y de la maestría.

Un piano que no tiene más que una tecla y ejecuta en ella todas las sinfonías de la pelota, en un salón de conciertos pelotarísticos, el frontón de la calle de Alfonso XII, que parece construído expresamente para él, y cuyas con-

diciones *acústicas* conoce como nadie: tal es Angel Bilbao *El Chiquito de Abando.*

Gozó las primicias del pelotarismo moderno en la corte, apareció en el frontón de Lara en la época del desquiciamiento universal, cuando los nuevos aficionados andaban llenos de azoramiento, completamente extraviados, y los revisteros daban el *la* de orquesta, proclamando valientemente *el revés,* cualidad sobresaliente del *desrevesado* Irún.

¡El revés! Ante el revés cayeron entonces de hinojos los revisteros y el público, como ante algo fabuloso, que representaba el acabóse de la fuerza y de la habilidad en el juego de pelota.

El revés de bote era ya mucho. El revés aire fué lo inverosímil, lo fantástico, lo que sacó de quicio al mundo madrileño y dejó á todos los demás juegos en secundario lugar.

¡Ver un revés aire *e poi morire!* Tal fué el efecto que causó El Chiquito de Abando al público de *Jai-Alai* y á la prensa atónita, cuando el célebre pelotari se estrenó en Madrid hace año y medio y lució su inimitable revés.

¿Su figura? Un niño imberbe, tímido y for-

mal, con cara de estudiante de teología, un aspirante á la tonsura, en mangas de camisa, con alpargatas y boina, mirando siempre al suelo y andando con lentitud, perezosamente, en una especie de desarrollo tardío de todo el sér.

Como los pueblos felices, no tiene historia. ¿Y qué historia ha de tener un chiquillo de dieciseis años sino su admirable habilidad?

He oído decir qué fué hace años á Buenos Aires, y que allí servía las pelotas á los jugadores durante los partidos.

Estuvo poco tiempo y jugó, lo cual demuestra que aprendería en Abando, á juzgar por el apodo que lleva; pero su celebridad viene de Madrid, del *Jai-Alai Madrileño*, donde Angel Bilbao ha adquirido el renombre de que hoy disfruta entre los aficionados y los pelotaris; viene del frontón de Lara, que ha sido la base de la fortuna del hombre y de la fama del jugador.

He dicho antes que El Chiquito de Abando es un piano con una sola tecla; esa tecla es el revés, que ha hecho del Chiquito uno de los zagueros más temibles del día, y constituye su única y exclusiva habilidad.

No tiene otro juego, ni en realidad le hace falta, porque su dominio sobre el revés es absoluto.

Cuando, raras veces, da con la derecha de bote ó entra á la bolea de costado, lo hace siempre con suma precaución, con una especie de mimo para el brazo, temeroso de que éste sufra detrimento y comprometa el porvenir del pelotari.

En cambio, con el revés, parece que el jugador hipnotiza la pelota, tal es la seguridad asombrosa del enganche y tal la fuerza con que la manda á la pared.

Su especialidad, la especialidad que le hace temible y constituye en El Chiquito de Abando, como en los verdaderos jugadores, el arma más eficaz, es la bolea, el revés aire, que no es otra cosa que la bolea de revés.

No hay nadie entre los pelotaris modernos, ni ha habido desde que Urchalle fué el primero en señalar á Elicegui el revés aire como jugada cómoda y de gran efecto, quien la posea como Angel Bilbao, ni saque de ella un partido tan brillante ni de tan buenos resultados.

Tiene, es verdad, un defecto; es sucia, y, como todo lo sucio, ha formado escuela.

Así como no hay ningún jugador que aventaje al Chiquito de Abando en el manejo del revés, ninguno tampoco detiene tanto como él la pelota en la cesta.

Hay que confesar que hoy ha corregido bastante una suciedad que hace diez años no hubiera pasado inadvertida, y hubiese provocado seguramente unánimes protestas; pero al menos en El Chiquito de Abando es un modo de jugar característico, saca del revés el partido que saca Lagartijo del paso atrás, y es cosa aceptada por el público.

Lo peor es que todo se pega menos la hermosura, y que algunos pelotaris, no sólo de segunda categoría, sino de *primissimo cartello*, van entrando en lo sucio como Pedro por su casa, lo cual es más digno de censura que de encomio.

Aceptado el tranquillo del Chiquito de Abando, no hay sino elogiar sin tasa al joven y famoso jugador.

El revés en general, y el revés aire en particular, son para él elementos de defensa y de

ataque, de los cuales hace uso con una maestría que no admite comparación con la de ningún otro pelotari.

Como para un buen banderillero los toros tienen banderillas en todas partes, para El Chiquito de Abando no hay pelota á la cual deje de servirse de revés.

Que vaya arrimada, que vaya abierta, que vaya cruzada, que dé bote tirado ó bombeado; que se presente, en suma, en las mejores ó en las peores condiciones, sea libre, sea rebote ó pared, El Chiquito de Abando parece que tiene imán en la cesta y atrae á la pelota con una holgura y con una facilidad verdaderamente inimitables.

Las jugadas de revés aire que más dificultades presentan, son aquellas en que la pelota sale excesivamente abierta á la derecha, después de dar en la pared lateral.

El Chiquito encesta esas pelotas desde la tierra y las devuelve con una tranquilidad y un aire natural, en los cuales no se ve jamás el esfuerzo, castigándolas como puede hacerlo una bolea con la derecha y quedando siempre preparado para replicar.

Esa seguridad en el revés aire hace al jugador esperar tranquilamente la pelota y emplear la bolea como recurso ordinario, lo cual le lleva á cubrir plaza sin malgastar la agilidad y conservarse generalmente fresco en todo el partido.

Jai-Alai Madrileño, donde el bote corre extraordinariamente y la pelota sale mucho en las dos paredes, da mayor eficacia y lucimiento á las jugadas del Chiquito de Abando.

No hay jugador que tan bien conozca como él el frontón de Lara, ni saque mejor partido de sus condiciones.

¡Desdichado del enemigo que le permita adelantarse á los seis cuadros! Cuando el Chiquito engancha allí una pelota, mira de soslayo á los del bando opuesto, calcula friamente la colocación, y con un zarpazo de tigre mete la pelota en el hueco con una cortada imposible de restar, ó la dispara contra las dos paredes, de las cuales sale como un rayo, oblicua y llena de efecto, con botes que desafían el enganche del más diestro pelotari.

Con el revés no tiene punto vulnerable, porque se sirve muy bien, castiga y arrima

mucho. Hay que atacarlo por la extensión, hacerle correr, cansarlo, porque es tierno y le faltan resistencia y agilidad, y no darle jamás pelota entregada adelante, porque la hace polvo con una rasa, con una metida ó con dos paredes, y es tanto seguro, como he dicho en el párrafo anterior.

En casos como este, cuando la pelota viene entregada, el delantero que vaya con El Chiquito de Abando no debe entrar á la bolea, sino dejar que bote la pelota y encargar del remate al Chiquito; tales son la seguridad y la maestría de éste para lograr ese intento.

Jugador que se mueve poco y tiene un *estilo* frío y calculador, joven como ninguno y en la plena posesión de una habilidad que no cansa el brazo, El Chiquito de Abando es indudablemente el pelotari más temible del frontón de la calle de Alfonso XII, y su superioridad sobre la inmensa mayoría de sus compañeros de segunda es tal, que dificulta la organización de partidos y le ha hecho alcanzar fáciles victorias en *Jai-Alai Madrileño*.

La admiración que despierta allí, está justificadísima. Ha ganado tantos partidos y he-

cho ganar tanto dinero, que la devoción y la gratitud corren parejas en el público.

Adorado por éste y tratado amorosamente por la prensa, El Chiquito de Abando recorre un camino sembrado de flores.

Se le aplaude con entusiasmo frenético, se le arrojan á la plaza duros á granel, y es, vuelvo á decirlo, el niño mimado de los madrileños, circunstancia que hago constar con verdadera complacencia, porque si Angel Bilbao es, como pelotari, maestro consumado en su temible y temida especialidad, como particular me ha parecido siempre un muchacho muy callado, muy simpático, nada zaragatero, formal y modesto, que trabaja con el brazo más que con la lengua, juega siempre lo que sabe y puede, y se labra honrada y dignamente un brillante porvenir.

Lícito es suponer que un jugador de dieciseis años no ha dicho aún su última palabra.

El Chiquito de Abando podrá sufrir transformaciones en su modo de jugar, podrá mejorar la derecha y equilibrar los dos juegos; pero, de todas suertes, siendo, como lo es actualmente, piano de una sola tecla, traerá

siempre á mal traer á pelotaris que tienen siete octavas y media, el teclado completo, y creo que entre los jugadores del día no hay ninguno que pueda jactarse de otro tanto, ni merecer, por ende, elogio tan completo.

Más pelotaris

José Joaquín Altamira.—Apuntes biográficos.—Un regalo regio.—En el frontón de Atocha.—El viejo y el joven.—La vanidad del pelotari.—La honradez de Altamira.—El General Pavía y José Joaquín.—Un regalo modesto.—Chiquibar, Vega y Tomás.—Los Braus.—Lizurume y San Juan.—El Vergarés.—Recondo.—Su historia.—Irún y Recondo.—Un angelote.—Cómo jugaba Recondo.—Su desgracia.—La vuelta prematura.—Tacolo, Cesáreo Martín, Embil, el Zurdo de Hernani, Cosme Iturrioz, Pedrós, etc.—Uranga y Araquistain.—Salazar, Sarasúa, Machín y Juanito Brau.—Chitivar, Naparrete y Barriola.—Aplausos y pesetas.

Muchos jugadores de pelota alcanzan hoy aplausos y han adquirido renombre después de aquellos á quienes he dedicado en capítulos anteriores preferente atención.

No porque dejen de merecerla los englobo aquí, sino porque algunos carecen de cualidades variadas y salientes, de las cuales pudiera la crítica extraer algún interés, y otros se ha-

llan en los comienzos de una carrera sujeta á muchas vicisitudes, por lo cual todo juicio resultaría prematuro en la actualidad.

Debo, sin embargo, exceptuar de esta regla á un pelotari *eminente,* y que merece en este capítulo el primer lugar, pelotari realmente extraordinario por su entusiasmo, sus cualidades y su longevidad, humilde hijo del pueblo que no ha consentido jamás que su nombre figure en los carteles, y ha permanecido siempre fiel á las tradiciones venerandas del antiguo juego, refractarias al carácter profesional y mercenario que ostenta ahora el novísimo blé.

Me refiero á José Joaquín Altamira, al pelotari donostiarro, grande amigo del General Pavía y Alburquerque, al famoso *Zarrá* (el Viejo), que, casi septuagenario hoy, recuerda las proezas del célebre Indart de antaño, y es, para nosotros, los hijos de la capital de Guipúzcoa, poco menos que una institución.

José Joaquín nació el 11 de Octubre de 1828, tres días antes del gran Urchalle, y jugó el primer partido emplazado, á largo, á los diecisiete años de edad, contendiendo enseguida en Azpeitia, en Pamplona, en Durango y

en Zarauz con los mejores pelotaris de la época.

En un partido verificado en Durango, sacó José Joaquín á mano, sin hacer una falta, pelota de cuatro onzas á los dieciocho cuadros y medio, y en Zarauz jugó otro partido en presencia de Isabel II y de los Generales Narváez, O'Donell y Lersundi.

De tal modo sobresalió entre todos sus compañeros, que eran seis, y tales habilidades puso de manifiesto, que el general Lersundi le entregó, en nombre de la Reina, 1.000 reales y una magnífica botonadura de brillantes, botonadura que, como oro en paño, conserva José Joaquín.

Jugó asimismo y ganó en Tolosa un partido contra un navarro, que desafió al mejor pelotari de las Provincias, á rebote, y con pelotas de 27 onzas y media.

Cuando la emigración producida por la última guerra civil puso en contacto á todos los aficionados de Guipúzcoa, no se jugaba más que á rebote y á largo; la pared de la izquierda era totalmente desconocida, y sólo existía en el campo de maniobras de San Sebastián

una pared miserable como remate de plaza de rebote, por el estilo de las de Francia.

Después de la guerra, en 1877, se construyó el frontón de Atocha, y allí puede decirse que nació el blé moderno.

En aquel frontón jugó más que nadie Altamira, y contribuyó poderosamente á sostener y fomentar durante muchos años la afición al juego de pelota.

A los *cincuenta y cuatro años* de edad jugó contra El Chiquito de Eibar, que tenía entonces *veintidós*. El partido se concertó á remonte, saque libre, José Joaquín á cesta, y El Chiquito á guante. ¡Y el viejo ganó al invencible!

Hace dos años que jugó Altamira el último partido en San Sebastián. ¡Y lo ganó á los sesenta y cuatro años!..

Quien quiera ver á José Joaquín y contemplarlo á sus anchas, no tiene más que ir al mercado de la capital de Guipúzcoa.

Allí está el viejo, en su puesto de carne, donde le han visitado con frecuencia el marqués de Urquijo y el General Pavía.

Allí está, desdentado, con la cara arrugada, con mirada fanfarrona de veinte años, hecho

un gallo, como siempre, desafiando al mundo, en un dislocamiento de vanidad que ha sido siempre nota dominante de su carácter.

Honrado á carta cabal, acabado modelo de lealtad y de nobleza, José Joaquín ha jugado siempre con gran empeño y entusiasmo, y ha salvado partidos imposibles, dando cuanto tenía, sin decaer jamás.

Las marrullerías del oficio han sido para él letra muerta. Cuanto más anciano, ha sido más claro entre todos los jugadores viejos, y los jóvenes han abusado de él, han puesto á contribución su vanidad muchas veces, haciéndole partidos desventajosos, en los cuales echaba el alma, desquiciado por el prurito de la exhibición.

Duro como él solo, se ha defendido valientemente en todas ocasiones, y un tanto lucido ganado por José Joaquín provocaba ovaciones á las cuales me jacto de haber contribuído, que bastaban para contentar al abuelo y hacerle erguirse como un mocete y esponjarse como un azucarillo, mirando al público arrogantemente, saludando á todos con la cesta, hinchado de orgullo, sudando vanidad.

Ha sido siempre su flaco, y á satisfacerlo se han dedicado los aficionados de San Sebastián, que quieren entrañablemente al viejo y honrado pelotari, y no han escatimado jamás las ocasiones de aplaudirle y dejarlo contento.

—¡El General Pavía tiene en Madrid mi retrato rodeado de las mujeres más hermosas del mundo!

Hay que oir decir eso á José Joaquín Altamira para ver á un hombre completamente feliz. Por si el General no lo sabe, se lo cuento yo, que conozco el afecto que D. Manuel tiene á nuestro querido viejo.

Sírvanle estas líneas de satisfacción, y acéptelas José Joaquín Altamira como modesto regalo de un amigo y admirador de su honradez y de su maestría.

Los aplausos que me ha arrancado en el frontón, se trasladan á este libro, donde quizá sean más duraderos. *¡Ekatzu bozteku ori, zarrá!..*

Después de José Joaquín hay que mencionar, en primer término, á Chiquiban, uno de los pelotaris más populares en Guipúzcoa, hace diez años, gran jugador de rebote y de blé, á punta y á remonte, seguro como nadie en la

bolea, muy ágil y habilidoso, que estrenó en 1877 el frontón de Atocha de San Sebastián, jugando con Venancio Aguirreche contra Lapico y el Chiquito de Eibar y luchó brillantemente con frecuencia contra Azpiri; á Miguel Vega, remontista de gran poder, que fué con El Chiquito á Buenos Aires, donde jugó mucho y bien, y hoy ejerce el cargo de corredor de apuestas en el frontón de San Sebastián; y á Tomás Echeverría, el padre de Tandilero, trinquetista superior y remontista á blé, lleno de sangre y de nervios, de quien hablo en el capítulo que he dedicado á su hijo Pedro.

Entre los jugadores del blé moderno, hay que dedicar un recuerdo á Cláudio Brau y á Eustaquio Brau, fundadores de la dinastía de los Braus en los frontones, como Antonio y Paco Calderón fundaron la de los Calderones en los toros.

De los dos hermanos, el primero tuvo escasa vida como pelotari, poco brazo y mediana habilidad.

Eustaquio lució más, comenzó muy bien su carrera jugando muchos partidos y alcanzando honra y provecho, pero la aparición de los

grandes jugadores modernos, que tenían más poder y más resistencia, lo dejó pronto en segundo término, en el cual continúa, gordo de cuerpo, muy propenso al cansancio, desigual y lleno de genialidades.

Eustaquio Brau se ha creado hoy una especialidad en el remonte, que ha llegado á dominar de un modo admirable, al extremo de ser invencible en dicho juego; pero como el remonte ha caído en desuso, representa para Brau una habilidad muerta que le ayuda poco ó nada en la profesión.

Lizurume y San Juan fueron también dos pelotaris notables hace ocho ó diez años, azpeitianos los dos, que brillaron en los tiempos de Mardura y Baltasar, y fueron también arrollados como los Braus, por el Manco y Beloqui, por Elícegui, Portal y Samperio.

Cierro la serie de los *antiguos* con El Vergarés, la casa de Astrarena del moderno blé, mucha fachada y poca vivienda, tan deslabazado de figura como de facultades, hombre muy simpático y jugador tierno y deficiente, que ha dado recientemente á los frontones el último adiós.

De los pelotaris de primera, contemporáneos de Irún, precisa colocar en lugar preeminente á FRANCISCO RECONDO, una perla, la pareja inseparable de Juan José, hace dos años, copartícipe de los triunfos del gran delantero irunés.

Como Samperio, nació y se educó Recondo en el seno de una familia distinguida de Tolosa, y como el jugador de Rentería, tuvo que vencer el tolosano las dificultades que oponían sus padres á que abrazase la profesión de pelotari, en la cual realizó Recondo notables adelantos, hasta llegar á ocupar entre los zagueros un puesto muy distinguido.

Fué en San Sebastián, hace dos años, el niño mimado de *Jai-Alai*, donde ganó con Irún partidos muy duros y lució sus extraordinarias dotes, hasta que se lastimó la muñeca y forzosamente se estancó.

Su cara es la de un angelote de Murillo, sonrosada, mofletuda, inocente; su cabeza, redonda y pequeña, ostenta una cabellera abundante y rizada naturalmente como la de un *bebé*.

No muy alto de estatura, y gordo sin lle-

gar á la obesidad, Recondo no anda, se balancea muellemente, y hay en el conjunto de su figura una seriedad y un abandono á la vez de mocete blando y criado en la molicie, algo del gato de Angola friolero y dormilón.

Y, sin embargo, todas esas exterioridades del hombre se resuelven, cuando se trata del pelotari, en una voluntad y en un entusiasmo superiores á todo encomio.

Recondo jugando, hace dos años, con Irún, era un zaguero que formaba con Juan José ese equilibrio perfecto, esa armonía que debe reinar entre el delantero y el zaguero de un bando para que la habilidad y la fuerza de los dos resulte una sola.

El angelote de Murillo era un torito navarro en el juego de atrás, embistiendo á la pelota con valentía, entrando á la bolea con ánimo, cubriendo plaza admirablemente, rendido el cuerpo algunas veces, pero el espíritu nunca, ayudando, en resumen, á Irún, con una brillantez y una eficacia de que dieron buena prueba los numerosos partidos que la pareja ganó.

Recondo sucumbió pronto y se lastimó la

muñeca en el campo de batalla, al cual ha vuelto recientemente en el frontón *Fiesta Alegre* de Madrid, pero no curado completamente, é incapaz, por lo tanto, de lucir ante los aficionados madrileños aquel coraje, aquel vigor y aquella inteligencia que tantas simpatías y aplausos le valieron en San Sebastián.

Dos años ha permanecido alejado de las luchas de los frontones, y hoy vuelve de nuevo á ellas, quizá prematuramente.

Que Recondo se cure pronto y radicalmente es el deseo de todos los aficionados que le conocemos y le hemos admirado otras veces, á fin de que le vean en Madrid, no como pálido reflejo del zaguero sobresaliente de San Sebastián, sino en la plena posesión de sus grandes cualidades de pelotari.

De los jugadores que han venido de Buenos Aires y ha exhibido la empresa del frontón *Fiesta Alegre,* puede, y debe decirse, que todos ellos se muestran cansados y necesitan algún tiempo para entrar en juego y dar la medida de todas sus facultades.

Como delanteros hay que citar, el primero á Tacolo, pelotari fino y de empuje, que mide

muy bien los saques, entra mucho á la pelota y está destinado á dar disgustos á sus rivales en cuanto se aplome. Gusta extraordinariamente, porque se le ve bregar con empeño y defender los partidos con tesón. Es muchacho que irá lejos si no se malogra.

Cesáreo Martín ha jugado poco y con notoria desigualdad. Posee brazo muy fuerte y escaso manejo de cesta. Hay que suspender todo juicio hasta que se restablezca y dé de sí, ya que su presencia en *Fiesta Alegre* ha durado poco.

Embil es también delantero muy aplaudido, lleno de amor propio, que entra mucho y castiga la pelota y tiene devotos en Madrid, donde se presentó por primera vez en el año pasado en el frontón de Lara.

El Zurdo de Hernani es jugador temible cuando se asegura; posee todos los recursos traidores de los zurdos, neutralizados por una desesperante desigualdad.

Entre los zagueros, figuran Cosme Echeverría, pelotari duro, que pega y cubre muy bien su puesto; Iturrioz, que tampoco ha podido dar la medida de sus facultades por encontrarse

débil y sin resistencia, pero en quien se adivina á un zaguero empeñoso y elegante, y Pedrós, jugador muy temible, que pega de revés brutalmente y extiende de un modo atroz, un Chitivar seguro, con el cual va el delantero descansado y que dará que hablar, porque juega con valentía y no se reserva como tantos otros.

Portalito (hermano menor de Portal) y Osoro, vienen después; el primero zurdo, que trae sin cesar, pero entrega con frecuencia; y el segundo buen revés, seguro y trabajador, zaguero claro, pero eficaz y brillante cuando se afianza.

Repito lo que dije antes al hablar de los que vienen de Buenos Aires. Necesitan jugar mucho, estirarse como las reses bravas, para que el público madrileño pueda apreciarlos debidamente.

En *Jai-Alai Madrileño* brillan, después de Gamborena y El Chiquito de Abando, Félix Uranga como delantero, y, como zaguero, Araquistain.

Uranga es pelotari de formidable brazo, que puede competir en poder con los más afa-

mados jugadores de adelante; tiene intención y no carece de maña, pero su defensa se halla en el juego de extensión, en el cual castiga mucho y trae á mal traer á los zagueros.

Es desigual y desmadejado, y se azora con demasiada facilidad, porque se quema y pierde los estribos cuando le dominan; además le pesan las carnes y la resistencia le falta en ocasiones, pero cuando entra en juego y se entrega á la pelota, es pelotari de grandes bríos, que desconcierta al enemigo y se hace aplaudir con entusiasmo.

Araquistain es de los que tienen muchos partidarios en el *Jai-Alai Madrileño,* jugador de atrás notable entre los zagueros, un marquinés que corta un pelo en el aire, de aspecto humilde, cara devota y trato meloso, simpático y atractivo, que, cuando lleva un compañero eficaz, juega de un modo brillante, entrando con valentía, no escatimando la bolea, castigando mucho y resistiendo la lucha con sangre de gran jugador.

En el frontón de Lara se ha granjeado, como dije antes, muchísimas simpatías, y allí está ganando dinero y aplausos, modestamente

y sin fanfarronadas, con una empresa que le estima y considera y un público que no le escatima su afecto.

Detalle particular. Es el único pelotari que se da el lustre del *de* nobiliario y á quienes los carteles anuncian llamándole Luis *de* Araquistain. *De* menos nos hizo Dios, que nos hizo *de* la nada.

Salazar no usa *de*, sin duda porque se llama Anacleto, lo cual no obsta para que haya sido muy aplaudido en *Jai-Alai*, donde ha jugado mucho, atrás y adelante, con lucimiento á veces, otras con escasa fortuna, sin rebasar los linderos de una discreta posición.

Sarasúa empezó en San Sebastián, intentó los dos juegos, vino á Madrid é hizo lo mismo, en un desequilibrio absoluto, jugador aturdido y desigual como pocos, tan pronto abajo como arriba, gran brazo, mucho coraje, que hoy comienza á aplomarse y hará rabiar á muchos, si se decide por el juego zaguero que es el que, en mi concepto, le conviene.

Machín es delantero que promete mucho, mañoso y valiente, pero muy tierno hoy por hoy. Juanito Brau también ha tenido en Ma-

drid buen éxito, juega adelante y atrás, pero vale más adelante, porque es de los que miden los saques muy bien.

Cuando haya mencionado á CHITIVAR, que tiene un revés bárbaro, y nada más por ahora; á NAPARRETE, jugador zaguero, que llama la atención y tiene simpatías por su seguridad en los reveses; á BARRIOLA, delantero de empuje, pero sumamente desigual; creo que si alguno queda en el tintero, será porque lo merezca ó por involuntario olvido.

Todos ellos están aún en estado de merecer, quiero decir de adelantar en su carrera y mejorar sus facultades, razón por la cual doy por terminada esta ya larga galería de pelotaris modernos, deseándoles, lo mismo á los delanteros que á los zagueros, á los que están en la plenitud de la profesión igual que á los que se encuentran en sus albores, muchos aplausos y muchas pesetas; sobre todo pesetas, que es lo que buscan hoy todos ellos en el novísimo blé.

El último tanto

Me refiero al del partido literario que he tenido el honor de jugar mano á mano con el benévolo lector.

Este último tanto va á ser muy poco peloteado, voy á rematarlo en un dos por tres.

Cuando el poeta francés Bajot, escribió á principios de este siglo un elogio del juego de pelota, dijo, entre otras cosas, lo siguiente:

Ici tout est physique, et pourtant d'un rival
vous saurez à dessein connaître le moral.

Lo cual, en buen romance, significa lo que estábamos cansados de saber; es decir, que en la mesa y en el juego es donde se conoce á los hombres.

A mayor abundamiento, ahí está el coronel Amorós, que en su *Nouveau manuel complet d'éducation physique, gimnastique et morale,* y al hablar del juego de pelota, comenta los versos de Bajot del siguiente modo.

"Jugando es como he conocido la bajeza de algunas almas, la grosería, la mala educación de algunas personas, sus ambición, su tacañerías *(lésineries)* y otros defectos. Un maestro de experiencia conocerá mejor en el juego que en cualquiera otra ocasión los vicios del corazón de sus discípulos y podrá tomar medidas para corregirlos; pero cuando se relaciona con seres refractarios á toda enmienda, lo mejor que podrá hacer es abstenerse de jugar con ellos."

Amorós escribía esto hace setenta y tantos años, refiriéndose á los jugadores de pelota franceses.

Lo único que deseo á los pelotaris españoles *fin de siécle,* es que los públicos no hagan nunca suyo el párrafo de Amorós, y que la honra de Euskaria no sufra jamás menoscabo entregada á los únicos *artistas* que la llevan hoy en la punta de sus cestas.

Es lo menos que puede desear quien ha aceptado el papel de Maese Langustino en este *Molinero de Subiza* del pelotarismo actual.

Rematé el tanto y se acabó el partido, por lo cual, jamás en mejor ocasión que ésta ni con más oportunidad podré decir á los lectores:

Aquí da fin el partido,
perdonad sus muchas *faltas*.

Junio de 1892.

FIN DE LA OBRA

INDICE

PÁGINAS

I. *Urchelle:* En la estación de Rentería.—El cartero.—Un ejemplar de la raza eúskara.—Manuel Lecuona, Urchalle.—Tres nombres.—Nacimiento de Urchalle.—El aprendiz de confitero.—Frailes y confites.—El primer partido.—La edad de oro del antiguo juego.—Partidos en Francia y en España.—El jugador y el hombre.—En Pamplona.—El hombre de la levita larga.—En el café.—Urchalle y Oedn.—Los dos partidos.—Dos mil duros.—La pelota y las cartas.—Al pueblo.—Un ochavo de caramelos.—El Cúcharos del pelotarismo.—Partidos fantásticos.—Urchalle en Rentería.—Un recuerdo de amistad..... 7

II. *El Manco:* El jugador y su juego.—Su figura.—Los descalabrados.—La sensibilidad del Manco.—Anécdota.—*Sant Iacrimæ rerum.*—El ideal en dos reales diarios.—El poema de la miseria.—La pérdida del brazo derecho.—La monomanía del suicidio.—La hoz.—Punto de interrogación.—¡Dos reales diarios!—Al frontón.—A rebote y á lité.—El juego de los zurdos.—Las ventajas de éstos.—El pelotari en el Manco.—Los días de desgracia.—La fortuna del Manco.—La récua de burros.—El Manco de hoy.—Cadencia final..... 27

III. *Beloqui:* Un problema fisiológico.—Casa cerrada.—Los arcanos del hombre.—El alma y el brazo.—El juego de Beloqui.—Desigualdades.—Las cualidades del pelotari.—La dejada.—Sus efectos.—La ejecución.—Conjunto de facultades.—Los defectos de Beloqui.—Su apatía.—Un rasgo del apático.—La mejor dejada.—Figura y contrastes..... 43

IV. *Portal:* El *Ostión* de los pelotaris.—Su figura.—Generalidades de su juego.—Desigualdades.—Poder de su brazo.—La *jettatura*.—De buenas y de malas.—Historia de Portal.—Comienzos de la carrera.—En San Sebastián y en Buenos Aires.—Eliceguistas y portalistas.—El aldeano.—Su *elocuencia* como pelotari.—El ciudadano de Irura.—Setenta mil pesos oro..... 57

V. *Mardura:* El zaguero clásico.—El hombre de los motes.—Sonambulismo y pulmonías.—Escribiente y alpargatero.—Los dos primeros partidos.—Mardura y Baltasar.—En España y en América.—La carrera de Mardura.—Su modo de jugar.—La pareja azpeitiana.—Cómo jugaban.—La maestría de Mardura.—El jugador y el hombre.—El lugar que ocupa Mardura en el pelotarismo moderno..... 67

VI. *Eliceguí:* El casamiento de Eliceguí.—Mardura, Samperio y el Vergarés.—La ceremonia.—El novio.—Aparición de *Eliceguí* en San Sebastián.—Su figura.—La fuerza del brazo.—Transformación.—El hombre y el jugador.—Sus arranques.—Anécdota.—Desde Azpeitia hasta Zumárraga.—Dedicatoria.—Cuatro años después.—Contrastes y vicisitudes.—Llegada á Madrid.—Juicio del pelotari actual.—Su juego.—Una *coda*..... 77

VII. *Samperio:* Las comodidades caseras y el campo.—El caso de Luis Samperio.—Su biografía.—La afición al juego de pelota.—El colegio de Hasparren.—El director de banda.—Losdos rentarianos.—La primera oscapatoria.—Reincidencias.—La vocación—Samperio pelotari.—Sus triunfos.—Alternativas del brazo.—El apogeo de la primera época.—Eliceguí y Samperio.—Un partido inverosímil.—Irún y Samperio en Bilbao.—La despedida de Samperio en San Sebastián.—Nuevos triunfos en Buenos Aires.—El partido fatal.—La figura del pelotari y su juego.—El hombre.—Los deseos de un admirador..... 93

VIII. *Irún:* Hace tres años.—En San Sebastián.—El coloso.—La obsesión irunense.—Irún y Recondo.—Biografía de Irún.—La miseria.—A Buenos Aires.—En Quilmes.—Irún pelotari.—Su figura.—La asomatividad.—Sus cualidades en el juego.—Irún en Madrid.—Su superioridad.—Su conducta.—El único fallo..... 115

IX. *Muchacho:* Barrobi y Montevideo.—El mote.—Beloqui y Muchacho.—Irún, Muchacho y Beloqui.—El pelotari *hormiguillo*.—La sátira y el chiste.—El jugador en Muchacho.—La nerviosidad.—Azogue puro.—El bote pronto.—Las condiciones del pelotari.—Sus defectos.—Los éxitos de Muchacho.—Menos gestos..... 127

X. *Tandilero:* Una carta de Samperio.—Muchacho y Tandilero en San Sebastián.—Historia de Echeverría.—La herencia natural.—La yunta americana.—La figura de Tandilero.—El flaco de la resistencia.—Las condiciones del pelotari.—Tandilero adelante.—Suma de cualidades.—La celebridad..... 139

XI. *Gamborena:* Hace cuatro años.—Idilio.—Ensayos en Rentería.—Aprendiz de zapatero.—Locura por la pelota.—Aparición de Shoshua.—Shoshua y Guyarre.—La protección de Shoshua.—La figura de Gamborena.—El pelotari.—La fuerza.—Teoría.—Un partido en Madrid.—La confianza del público.—Opinión de un pelotari.—Vuelta al idilio.—¡Aquí ni tampoco seis cuartos!..... 151

XII. *El Chiquito de Abando:* Un niño mimado.—Piano de una tecla.—El Chiquito de Abando en Madrid.—El revés.—Sus efectos.—La figura del Chiquito.—Sin historia.—El juego del Chiquito de Abando.—El revés aire.—El tranquillo y sus consecuencias.—El pelotari en El Chiquito.—Sus éxitos.—El hombre y su porvenir.—El mayor elogio..... 167

XIII. *Más pelotaris:* José Joaquín Altamira.—Apuntes biográficos.—Un regalo regio.—En el frontón de Atocha.—El viejo y el joven.—La vanidad del pelotari.—La honradez de Altamira.—El General Pavía y José Joaquín.—Un regalo modesto.—Chiquibar, Vega y Tomás.—Los Braus.—Lizurume y San Juan.—El Vergarés.—Recondo.—Su historia.—Irún y Recondo.—Un angelote.—Cómo jugaba Recondo.—Su desgracia.—La vuelta prematura.—Tacolo, Cesáreo Martín, Emhil, el Zurdo de Hernani, Cosme Iturrioz, Pedrós, etc.—Uranga y Araquistain.—Salazar, Sarasúa, Machín y Juanito Brau.—Chitivar, Naparrete y Barriola.—Aplausos y pesetas..... 177

XIV. *El último tanto*..... 193